





ENRIQUE GRAUE WIECHERS
Rector

LEONARDO LOMELÍ VANEGAS
Secretario General

ALBERTO VITAL DÍAZ
Coordinador de Humanidades

MALENA MIJARES
*Coordinadora de Divulgación
y Publicaciones*

DIEGO GARCÍA DEL GÁLLEGO
*Secretario Técnico
del Programa Editorial*

Encuentros2050

MARÍA ORDÓÑEZ CRUICKSHANK
Jefe de redacción

NÚMERO 1, ENERO DE 2017

ROGELIO RANGEL
Diseño gráfico

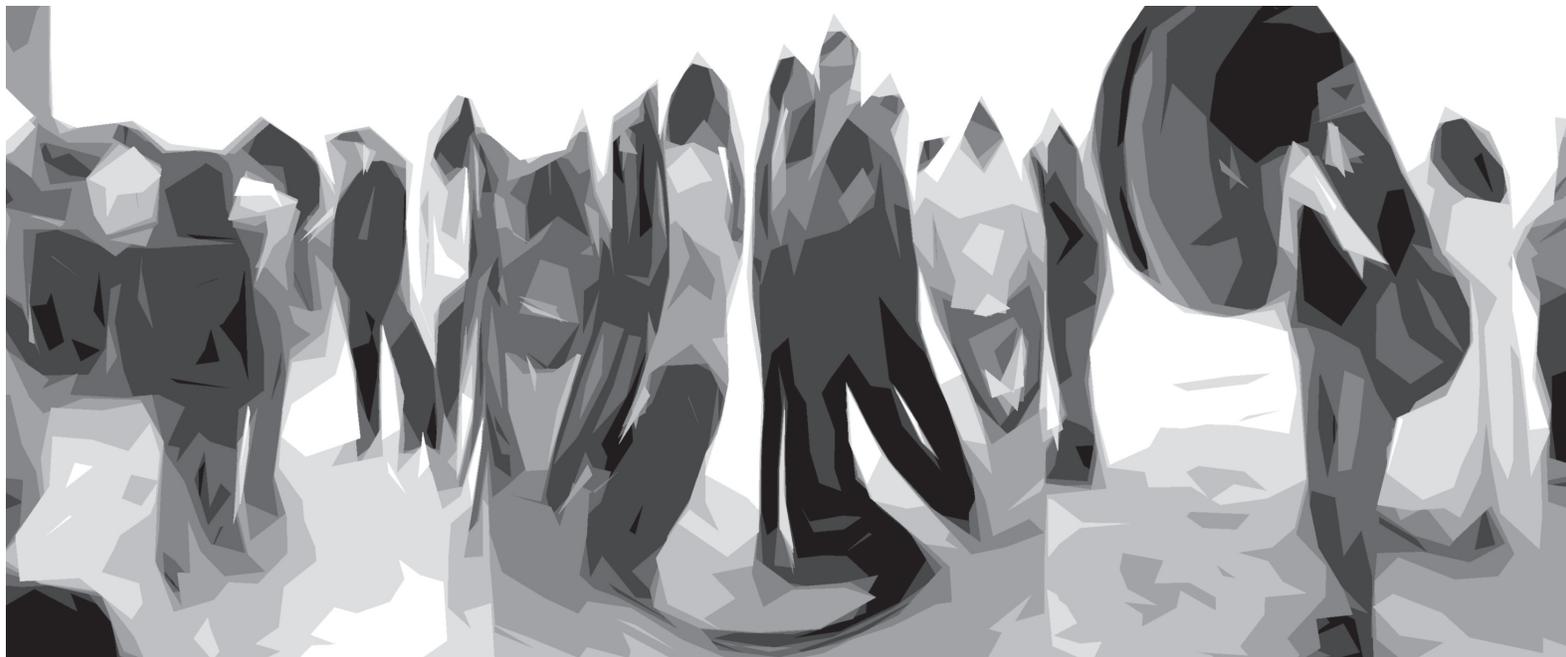
PABLO RULFO
Ilustración

Revista *Encuentros2050*
Correo electrónico:
revistaencuentros2050@gmail.com
Teléfonos: 5554 5579 y 5554 8513 ext. 128
Presidente Carranza 162, Villa Coyoacán,
Coyoacán, 04000, Ciudad de México

La responsabilidad de los artículos publicados en *Encuentros2050* recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto. Certificado de licitud de título en trámite y certificado de licitud de contenido en trámite. *Encuentros2050* es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva en trámite.

Todo encuentro postula un asombro: ¿por qué tenían que acercarse dos seres, dos objetos, dos o más textos? ¿Por qué una persona tiene en las manos estas hojas? ¿Por qué lee ése o aquel artículo? La pura y simple *co*-incidencia podría causarnos alguna cavilación. • La revista *Encuentros2050* abre sus espacios. Aquí confluyen, ya, voces universitarias de varias disciplinas, corrientes y generaciones. • El primer propósito de *Encuentros2050* consiste en contribuir a que nuestras muchas inquietudes —preguntas, conjeturas, respuestas posibles— cuenten con un nuevo órgano desde las ciencias sociales y las ciencias humanas, pero no sólo en ellas y para ellas. • Cada número contará con tres asuntos convergentes; cada asunto, con tres textos breves, puntuales, incisivos, contemporáneos: la revista equidistará de lo misceláneo y de lo monográfico. La figura de los círculos concéntricos y la figura de la espiral gravitarán sobre la lectura. Este mes hablaremos de campus, ciudad y nación. En el futuro hablaremos de justicia, ciudadanía y convivencia; de identidad, diversidad y equidad; de infancia, juventud y madurez; de información, conocimiento y sabiduría; de pasado, presente y futuro... • El futuro está presente: ¿qué país tendremos en 2050?, ¿qué planeta?, ¿qué comunidades? *Encuentros2050* es hermana de la colección *Coordenadas 2050*, que ya anda circulando. • Una tríada más: textos, diseño, imágenes. Pablo Rulfo y Rogelio Rangel diseñan los dos primeros números y aportan imágenes que no ilustran los textos y que más bien flotan sobre los contenidos en un juego de relaciones azarosas, lúdicas, a veces auténticos guiños irónicos. Los cinéfilos sabrán identificar ciertas imágenes en este número; otras imágenes son variaciones a escenas callejeras, como la de una mujer que le arroja a otra una cubeta de agua en el día de San Juan. • A partir del tercero, los dos maestros seguirán siendo diseñadores; las imágenes serán aportadas por estudiantes de la Facultad de Artes y Diseño en el marco de un laboratorio de creación gráfica. • Una revista universitaria, en fin, nace con el año. ALBERTO VITAL

ENCUENTROS2050 PRESENTACIÓN



S U M A R

CAMPUS

8

CAMPUS Y CIUDADANÍA MARIO RUEDA BELTRÁN

El artículo explora el campus universitario como un espacio fundamental de convivencia entre individuos de diferentes orígenes e intereses, por lo que éste desempeña un papel primordial en la construcción de ciudadanía.

11

LA DICTAMINACIÓN EN CIENCIAS SOCIALES Y SUS DEBILIDADES RENÉ MILLÁN

Ésta es una crítica aguda a la dictaminación en ciencias sociales, cuya importancia está en peligro de banalización debido a su reducción a un mero requisito, así como a la poca valoración que se le da en tanto actividad académica.

15

LA VIDA EN EL CAMPUS UNIVERSITARIO FERNANDO SERRANO MIGALLÓN

Fernando Serrano Migallón recuerda lo que fue el campus universitario en sus años como estudiante en la UNAM, y testimonia lo notorio de su impronta en todos aquellos que hemos egresado de sus aulas.



CIUDAD

20

LA CIUDAD, ESPACIO DE CONVIVENCIA

MARCOS MAZARI

Este artículo nos invita a experimentar la ciudad más allá del espacio tangible. Marcos Mazari nos plantea la pregunta de si estamos dispuestos a leerla, ya que la ciudad es también aquello que nos vincula con nuestra historia y tradiciones.

22

CIUDAD DE MÉXICO: AMPLIFICACIÓN DE LAS DESIGUALDADES Y NUEVA ARQUITECTURA ESPACIAL

ALICIA ZICCARDI

El crecimiento de la Ciudad de México ha generado un complejo mosaico urbano que deja entrever las desigualdades socioeconómicas y estilos de vida polarizados. Este artículo evidencia los diversos obstáculos que impiden a la mayoría ejercer su derecho a la ciudad.

26

CARTA DESDE LA CIUDAD DE MÉXICO

MALENA MIJARES

La autora hace una descripción personal de la ciudad, cuya pobre planificación urbana ha dado como resultado diversos problemas para sus habitantes, no obstante los cuales ofrece todavía algunos resquicios de enorme belleza.

I

O

NACIÓN

32

¿MÉXICO LINDO Y QUERIDO?

LILLIAN BRISEÑO SENOSIAIN

Lillian Briseño Senosiain reflexiona acerca de la dificultad de hacer nación en un país en donde constantes desafíos de diversa índole son amplificados por las noticias que nos rodean y comparte su visión del país a partir de la cotidianidad.

34

ESTÁ EN JUEGO EL FUTURO DE NUESTRA DEMOCRACIA

MÓNICA GONZÁLEZ CONTRÓ

La importancia del juego durante la infancia es vital en la educación de nuestros niños para ejercer una democracia deliberativa. Sin embargo, la falta de espacios adecuados para estos juegos pone en peligro la libertad intrínseca a la democracia. La autora basa su reflexión en este paralelismo.

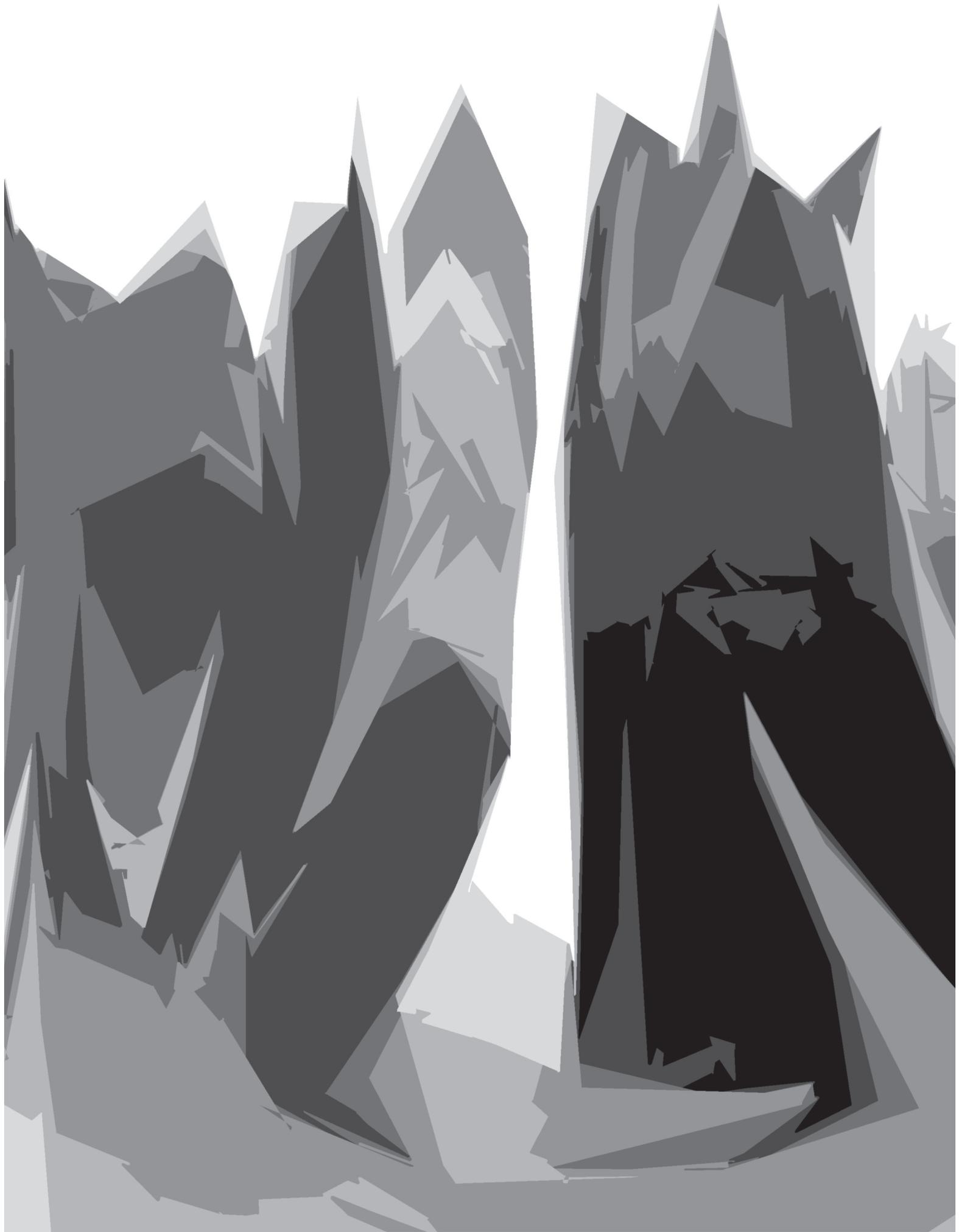
37

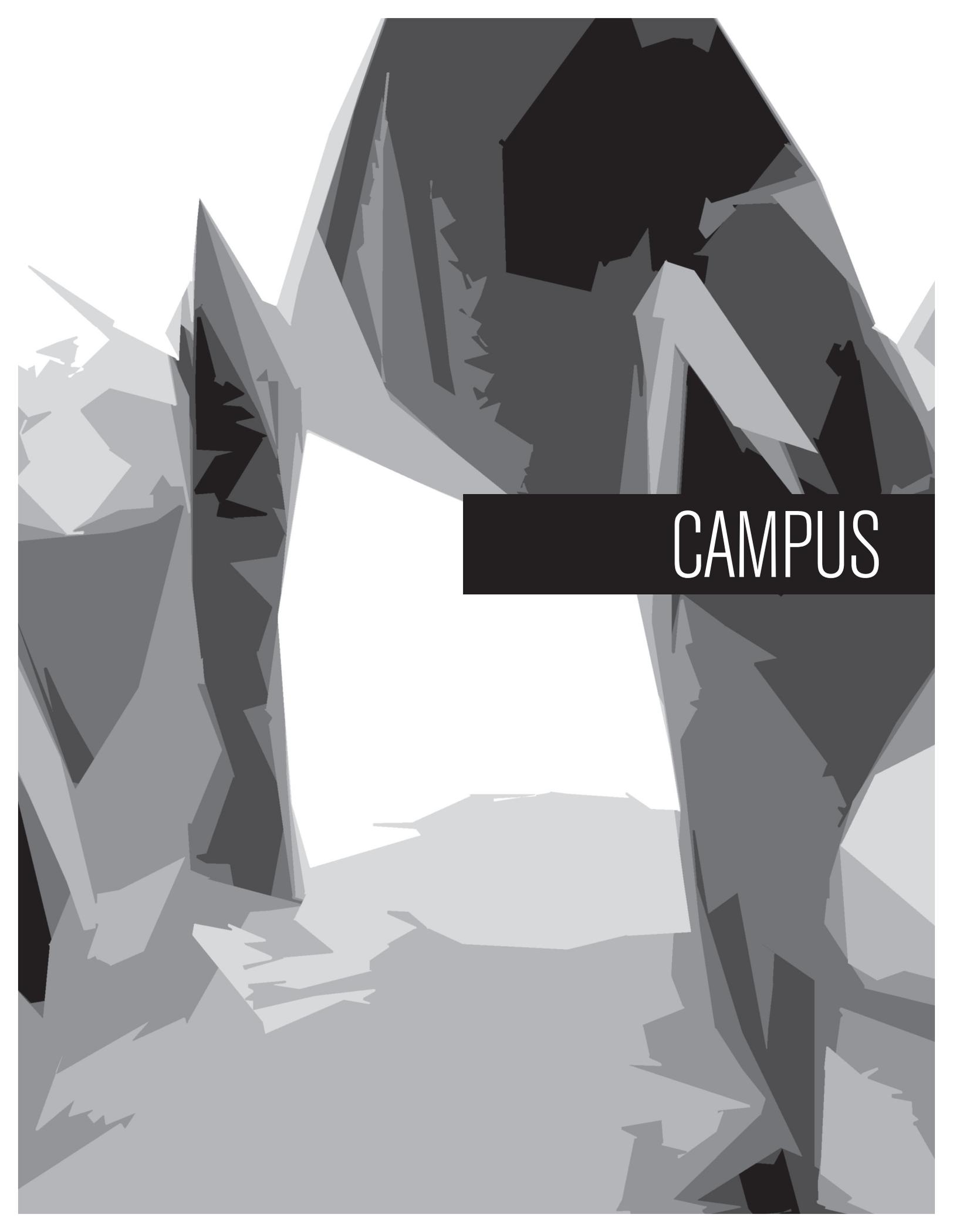
INFORMACIÓN Y DEBATES, FORTALEZA DE LA CIUDADANÍA

MARÍA MARVÁN LABORDE

María Marván Laborde pone sobre la mesa una de las importantes fallas de nuestro sistema democrático: la falta de debate. Esto se debe en gran medida a nuestras herencias hegemónicas y a los vicios de una cultura parlamentaria más bien escasa.



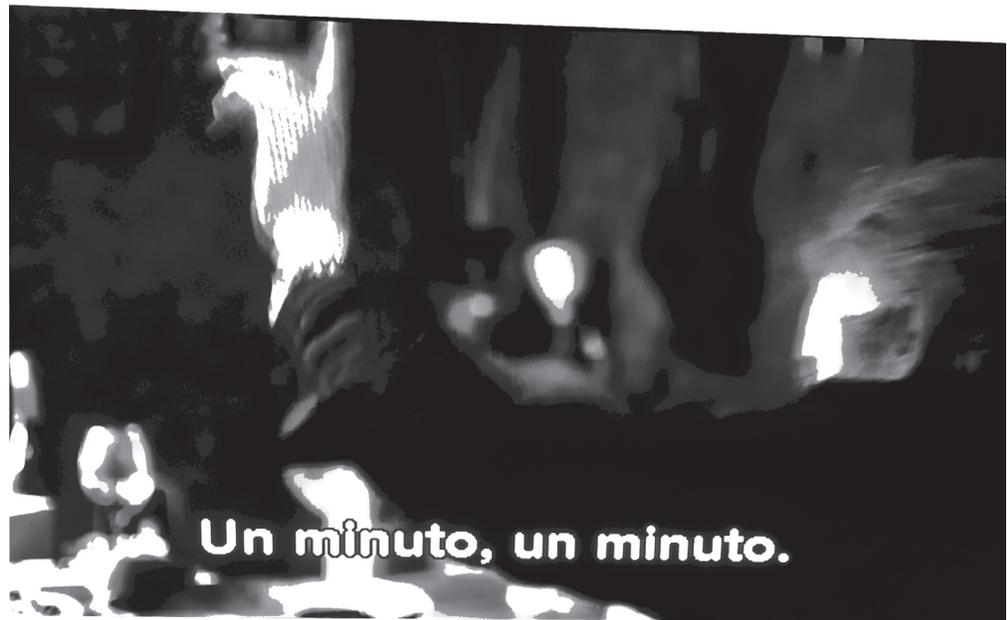




CAMPUS

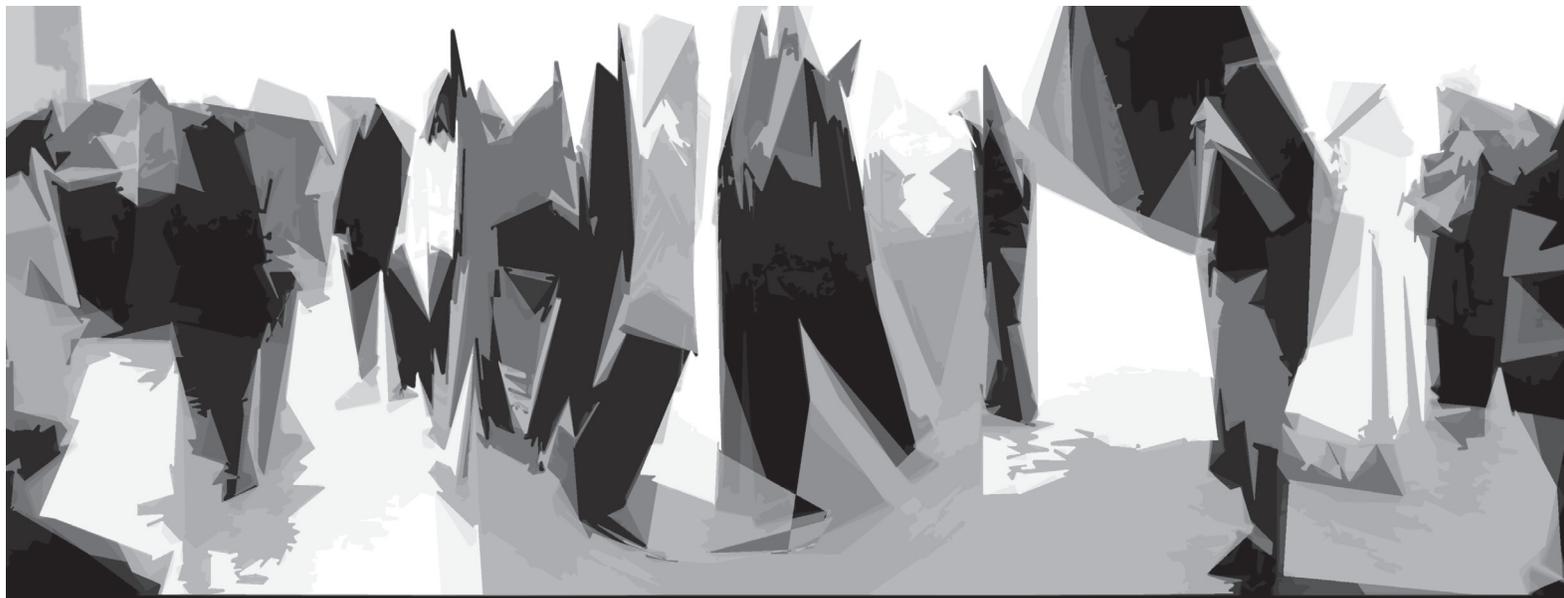
CAMPUS Y CIUDADANÍA

MARIO RUEDA BELTRÁN



El campus, referido al lugar que ocupa el conjunto de edificios de una universidad, puede tener un papel relevante en la construcción de ciudadanía de los estudiantes en formación —entendida como un precepto de igualdad básica asociada con la pertenencia a una comunidad, equivalente a los derechos y obligaciones de los que todos los individuos están dotados en virtud de ser parte de un grupo.

Si se piensa en el conjunto de escuelas y facultades, bibliotecas, laboratorios, espacios al aire libre, áreas de esparcimiento, restaurantes, cafeterías, tiendas y zonas deportivas, se podrá reconocer el potencial del campus



en la formación integral de quienes pertenecen a la Universidad. También son relevantes en el desarrollo intelectual y personal de los universitarios los recintos propios para las diversas manifestaciones culturales.

Sin duda, los orígenes, el momento histórico y las características iniciales de un campus marcan en gran medida la influencia que éste pueda tener en las generaciones de estudiantes y académicos que lo habitan por periodos prolongados. En el caso de la Ciudad Universitaria de la UNAM (CU), su construcción fue el resultado de un proceso largo y complejo, cuya aspiración principal fue redefinir la relación entre educación superior y gobierno. Conforme a las directrices del pensamiento de Justo Sierra, su creación se proponía como una solución al problema de la educación superior; reconocía la obligación gubernamental hacia la instrucción pública en todos los niveles; la autonomía académica como condición básica del progreso intelectual y material de los pueblos, y la pluralidad ideológica en las aulas.

La construcción de CU tenía como propósito integrar en un solo espacio una comunidad de académicos y alumnos, poniendo fin a la dispersión geográfica de los edificios que albergaban las distintas carreras que conformaban la Universidad en esa época. Con los nuevos espacios públicos, plazas, terrazas, circulaciones peatonales cubiertas, áreas deportivas, recreativas y culturales, se pretendía lograr una nueva forma de socializar, aprender y enseñar.

Asimismo, al reunir en un solo campus las carreras de Ciencias y de Humanidades, se fo-

mentaba una convivencia más allá de las aulas de las distintas carreras que favorecía la construcción de una comunidad universitaria más cohesionada y enriquecida con los intercambios disciplinarios. El tamaño y la diversidad de esta población —más de 116 mil estudiantes de licenciatura que estudian carreras en las áreas físico-matemáticas e ingenierías, biológicas, químicas y de la salud, sociales, humanidades y artes— entre otros aspectos, hacen patente el gran reto de alcanzar la plena convivencia interdisciplinaria que buscaban los diseñadores del proyecto. El desarrollo de las ciencias y las humanidades también ha incluido el interés por el conocimiento de los problemas de la sociedad contemporánea, por lo que otros espacios del campus, además de las aulas, sirven para compartir experiencias de vida, de la cotidianidad, del ámbito político y cultural del país y del mundo.

Debido a los cambios sociales globales y al desarrollo abrumador de la tecnología, la discusión sobre la función que deben cumplir hoy las universidades —tanto en lo concerniente a la formación profesional como en su vinculación con la sociedad— ha cobrado gran relevancia. En cuanto a la formación profesional, el tema central es la reflexión del binomio aprendizaje-enseñanza: ¿qué deben aprender los nuevos profesionistas?, ¿qué deben saber hacer?, ¿cómo se debe enseñar?

El esquema tradicional que recomendaba que los egresados de cada carrera conocieran todos los contenidos necesarios, definidos por un grupo de especialistas, para ejercer su profesión, ya no puede sostener-

se. El conocimiento disciplinario crece de tal manera que resulta imposible mantenerse al día en una sola área, a lo que se suman los efectos de los cambios imprevisibles de las profesiones, derivados de los avances tecnológicos, que han vuelto obsoletas algunas actividades profesionales y han dado lugar a la creación de nuevas; el futuro es incierto.

Ante las grandes exigencias sociales a las universidades y la falta de cumplimiento de las propias metas, según evidencian diversos indicadores de valoración —cobertura, eficiencia terminal, deserción, empleo, resultados en pruebas internacionales, entre otros— la enseñanza a través del enfoque por competencias se ha presentado como una opción viable. Al margen de la gran polémica que ha suscitado la presencia de este enfoque en el sistema educativo, es innegable que representa una oportunidad para repensar la manera tradicional de conducir los procesos de enseñanza y aprendizaje, así como la formación profesional en muchos países del mundo. Uno de los aspectos más sobresalientes del enfoque por competencias es el reconocimiento de otros tipos de aprendizajes, más allá de los niveles cognitivos, con énfasis en las habilidades y en lo actitudinal; ya no es suficiente conocer, también hay que saber hacer y comprometerse afectivamente con lo aprendido. Lo anterior ha dado pie para considerar adicionalmente en los procesos de formación profesional las competencias para la convivencia, la tolerancia y la ciudadanía, entre otras.

Paralelamente se ha destacado el papel de otros escenarios distintos a las aulas en la formación profesional, los cuales reafirman, una vez más, la relevancia del campus, ya que favorece el aprendizaje formal disciplinario y multidisciplinario y variados espacios de aprendizaje no formal, indispensables para el cultivo de la ciudadanía, además de una amplia oferta de actividades culturales que complementan la formación integral de los nuevos ciudadanos.

El campus, como lugar de convivencia de personas con distintas formaciones disciplinarias y una diversa población estudiantil —de género, raza, clase social e intereses disciplinarios—, convierte al campus en un reflejo de la sociedad de pertenencia con todas sus características, a la vez que representa un reto para mostrarle a la sociedad rutas posibles de una sana convivencia.

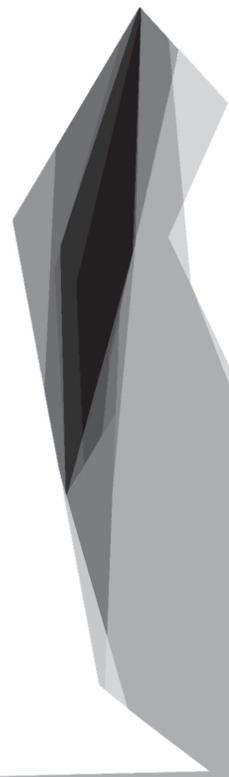
En este sentido, la educación superior desempeña un papel decisivo en el desarrollo de la ciudadanía y de la participación en la socie-

dad democrática. La vinculación entre educación y ciudadanía se sostiene porque la primera es un requisito para ejercer la segunda y porque la ampliación de los derechos de ciudadanía permite extender los beneficios de la educación. Desde otro ángulo, como lo afirma Juan Martínez en su artículo “Educación y ciudadanía”, publicado en la *Revista de Filosofía* (2006), las sociedades democráticas necesitan ciudadanos reflexivos, con opinión propia y participación activa en las decisiones sociales. Personas que sean miembros conscientes y activos de una sociedad democrática, que conozcan sus derechos y sus deberes públicos y que, al mismo tiempo, concilien la convivencia del pluralismo y la condición multicultural.

Por la naturaleza misma de las universidades, conformadas por un gran número de personas con características y modo de pensamiento muy diverso, resulta vital adoptar la formación en ciudadanía como parte esencial de las actividades de educación integral. Si bien resulta evidente la necesidad de desarrollar la ciudadanía en los estudiantes y académicos, aún se observa en muchas prácticas cotidianas la negativa a concederle una presencia plena. De ahí la obligación de subrayar el tema de la ciudadanía en el interés de los universitarios para dar así cumplimiento cabal a las más altas metas institucionales comprometidas.

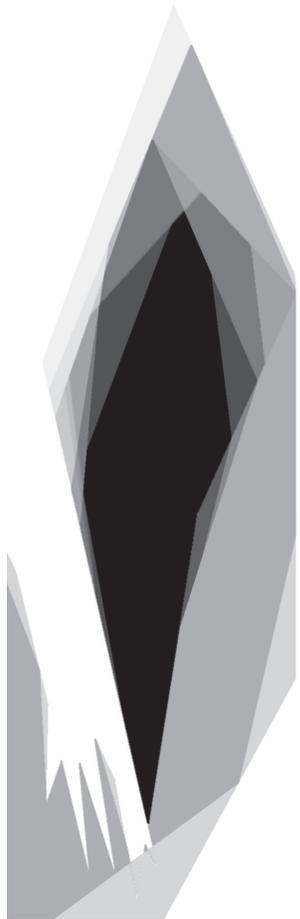
Ante el reto de una tarea como esta, sólo es posible pensarla como el resultado de la cooperación entre sus distintos actores: estudiantes, académicos, directivos y administrativos. Es necesario fortalecer el proyecto colectivo que nos conduzca hacia la formación de ciudadanos en el sentido más amplio y a la contribución de la universidad en este proceso. Será indispensable redescubrir todo el potencial del campus, sus espacios y múltiples actividades para lograr esta meta, y simultáneamente reconocernos como actores principales para asumir nuestros roles y favorecer un ambiente en el campus que contribuya a la formación de ciudadanos con preparación profesional. Solamente las acciones coordinadas y comprometidas de todos los involucrados podrán hacer frente a los retos del siglo que nos tocó vivir, fortalecer la ciudadanía y contribuir a la solución urgente de los problemas nacionales.

Mario Rueda Beltrán es investigador en el Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación de la UNAM, del que actualmente es también director.

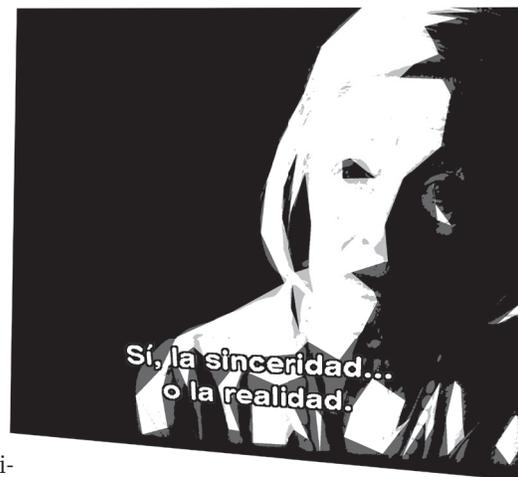


LA DICTAMINACIÓN EN CIENCIAS SOCIALES Y SUS DEBILIDADES

RENÉ MILLÁN



La dictaminación de las publicaciones es una pieza clave en el sostenimiento del sentido mismo de la academia. Esa práctica está en el centro del “control de calidad” del conocimiento que se produce y comparte. Considerada en términos de ese control, la práctica del dictamen adquiere un rasgo singular y paradójico: para evaluar un texto académico o científico hace, como el texto mismo, uso del conocimiento (teórico, metodológico o aplicado) que una comunidad local o internacional tiene a disposición. Así, el dictamen verifica el empleo del conocimiento y las propuestas de innovación haciendo también uso de ese conocimiento. La dictaminación es entonces una operación re-



flexiva. Ese carácter reflexivo finca un vínculo persistente: la calidad de las academias está en estrecha relación con el grado de institucionalización de la práctica del dictamen y sobre todo con su calidad. Sorprende por ello la poca atención que las propias instituciones académicas han puesto para reforzarla, más allá de establecerla como requisito para la publicación. En el centro de ese descuido está la indiferencia frente a su carácter reflexivo: actuamos como si los dictámenes, que son control de calidad, no debiesen —bajo ninguna circunstancia— ser sometidos ellos mismos a control de calidad. Cuando eso pasa, se merma el vínculo con la solvencia académica que les da sentido y se instituyen como un mero requisito que hay que cubrir. Es quizás por esa consideración que los sistemas de estímulos (SNI) no valoran la dictaminación como una actividad relevante. La dictaminación se ve adicionalmente mermada por una variedad de aspectos que reducen su calidad. Independientemente de que estén muy expandidos o acotados, es innegable que reducen su efecto positivo en la academia. La siguiente podría ser una primera identificación de esos aspectos.

1) *El dictamen como texto sacro.* Por el modo singular en que tendemos a negar su carácter reflexivo, se asume que aquellos no necesitan verificarse en su calidad. Con sus excepciones, estoicamente se reciben en los comités editoriales como si fuesen inmejorables; “piezas” analíticas infalibles. Escudados en un particular sentido de “imparcialidad”, no pocos comités simplemente solicitan y luego envían el dictamen al interesado sin ponderar el contenido y argumentación del mismo. Con ello, renuncian expresamente al rol de controladores de calidad de los dictámenes en contraste con lo que una correcta idea del sentido reflexivo del conocimiento obligaría. De ese modo, los comités asumen que los académicos sólo pueden cometer errores en la estructura expositiva, en la interpretación y comprensión, en la coherencia argumentativa o en la precisión conceptual como autores, nunca como dictaminadores. Asumen que sólo en aquel rol pueden hacer valer sus preferencias disciplinarias (y políticas).

Este método de “buzón” resulta además conveniente porque ahorra al comité la lectura de los trabajos sometidos. Así, todo el peso de la evaluación recae en los dictaminadores, cada uno de los cuales sabe que ese procedimiento, más su anonimato, lo faculta para emitir juicios —de buena o mala fe— sin control. Al negar que el dictamen implica un uso del conocimiento y por ello debe, como el texto evaluado, ser verificado, se abre potencialmente una zona de arbitrariedad o desatino para el dictaminador. Entre otros, esa zona se expresa con toda claridad en el hecho de que muchos dictámenes no cumplen con la exigencia de argumentación que piden a los textos.



2) *El dictamen como unicidad de escuelas.* Las academias poco consolidadas niegan la simultánea presencia de distintas escuelas disciplinarias en un mismo campo. No reconocen que éstas constituyen tradiciones de pensamiento que han conformado específicas perspectivas teóricas y analíticas. Para la mayoría de los comités y dictaminadores esas escuelas no tienen ningún estatus académico. Parroquialmente evaluamos como si hubiese una verdad aceptada por todo el mundo: quien en línea con Bourdieu acota la acción con el concepto de prácticas, podría considerar que es un error, en sí mismo, asumir el vínculo entre reglas, normas y conductas, sin importar que perspectivas absolutamente sólidas como el neo-institucionalismo lo postulen. Y el ejemplo podría plantearse a la inversa. Así, una escuela que no coincida con la del dictaminador resulta un “sesgo” o “un desconocimiento” del tema. Las diferencias ideológicas y políticas se procesan en el mismo sentido. Hace unos días un colega me enseñó un dictamen que rechazaba su artículo porque —y cito— “no era suficientemente crítico” del sistema. La negación de la diversidad de escuelas no favorece que las evaluaciones se realicen con base en la plausibilidad del texto mismo y de su fortaleza argumentativa o metodológica, sino que invoca a juzgar contenidos sustantivos. Y éstos serán negados o aceptados según preferencias del evaluador.

3) *El dictamen como autopromoción.* Éste es un fenómeno relativamente reciente y, aunque a muchos colegas les parece normal, en mi opinión tiene implicaciones de orden ético. Es cada vez más común que entre las consideraciones del dictaminador aparezca la exigencia de citar a uno o varios autores. En ciertos casos, la recomendación se hace en el mejor espíritu académico; pero en otros, es un medio para la autopromoción del dictaminador. Se exige citar a autores que comparten su misma perspectiva, o algún texto de su autoría. La exigencia no considera si la bibliografía es coherente con la posición del texto, si aporta algo o si los autores son realmente relevantes. Nunca es claro por qué hay que citar precisamente a esos y no a los miles de artículos que existen casi sobre cualquier tema pero que no fueron, como ocurre siempre, incorporados. En la base de la autopromoción está el recurso de no rechazar sino condicionar el texto evaluado. De ese modo, el autor queda obligado y normalmente prefiere ceder ante la recomendación que reiniciar el trámite de evaluación. Así, los textos evaluados están en riesgo de convertirse en promotores involuntarios del dictaminador. Las exigencias de los sistemas de estímulos, como el SNI, incentivan esas prácticas.



4) *El dictamen como oráculo de mi saber.* No pocos académicos consideran que una vez asumido el rol de dictaminador se instituyen también como el oráculo de la ciencia, el entendimiento y el saber. Ese “síndrome del oráculo” puede ser apreciado mediante tres indicadores. El primero es que se critica al texto evaluado porque no fue realizado como el dictaminador lo haría (y normalmente nunca lo hacen). En esta línea, el error principal radica en que el texto tiene una estrategia de exposición y una estructura que el dictaminador no adoptaría. No importa si la exposición y estructura son coherentes en sus términos. El segundo indicador es éste: el evaluador se “extraña” de que el texto asuma un esquema de relevancia distinto al suyo. Como se sabe, esos esquemas resultan de la adscripción a teorías o escuelas y dan preponderancia a ciertas variables o datos para explicar un fenómeno. Como resultado de ese “extrañamiento”, la crítica al texto se nutre de un registro de cosas que “no señala” (contra lo que sí dice). Y entonces se enlista un conjunto de temas que, sin ponderación alguna, deberían abordarse —la amplitud es muy significativa para el síndrome del oráculo. Otra alternativa de crítica, derivada de la discordancia entre los sistemas de relevancia, es clasificar las dimensiones analíticas del texto como “descontextualizadas”, como pertinentes a otras sociedades o comunidades. Así, la pertinencia no depende de la perspectiva teórica, sino del conocimiento “objetivo de la realidad” del dictaminador, como si esa realidad fuese delimitable y clasificable independientemente del marco analítico con que se observa.

El tercer indicador es el desatino como crítica. El síndrome del oráculo incentiva que la ocurrencia y el prejuicio priven sobre la ponderación académica. Cuando la ocurrencia priva, el resultado es que no se ponderan o jerarquizan las objeciones a los textos. Se asume como igualmente grave un error en las citas que un problema en la construcción de la evidencia; una diferencia ideológica o disciplinaria que evidencia una metodología errada. El disparate se vuelve criterio. Una prestigiosa revista envió a un investigador un dictamen (en mi poder) que recomendaba no señalar que un autor citado era “premio nobel” por razones que aún hoy permanecen ignoradas.

No obstante que desconocemos la extensión o frecuencia con la que ocurren esas cuatro fallas, su lectura atenta puede permitirnos hacer algunas recomendaciones para mejorar la dictaminación. La primera es obvia: las políticas de evaluación académica deben revalorar esa actividad. La segunda es urgente: los comités deben asumir su rol de controladores de calidad del dictamen y de las réplicas que hacen los autores. La tercera es informativa: las revistas requieren hacer explícita su política editorial y definir el tipo de estudios que aceptan, sus tendencias o posiciones disciplinarias e ideológicas si las tienen, o admitir expresamente que todas ellas son reconocidas. La cuarta es un prontuario: a) los dictámenes deben reconocer que en la academia persisten distintas perspectivas teóricas y metodológicas; b) los dictámenes invariablemente deben fundamentar de manera contundente sus críticas y objeciones; c) los dictámenes precisan ponderar y jerarquizar esas objeciones y críticas; d) los dictámenes no deben tener como criterio la manera en que el dictaminador haría el texto, el dictaminador no es un editor; e) los dictámenes deben distinguir entre lo que es una preferencia del evaluador y lo que es efectivamente un error del texto; f) los dictámenes, del mismo modo, deben controlar la preferencia académica o ideológica frente a un resultado adverso que es presentado en el texto; g) los dictámenes no deben ser usados como mecanismo de control de posturas ideológicas o políticas; h) los dictámenes deben evaluar conforme a la plausibilidad argumentativa y solidez metodológica en los términos de los objetivos del texto; y finalmente i) los dictámenes deben evaluar si lo que el texto dice es suficiente para solventar lo que se pretende postular o sostener en los términos del sistema de referencia del texto mismo, y no en función de lo que en opinión del dictaminador haría falta incluir (según su propio marco de referencia). Quizá si exigimos la revisión de la calidad de los dictámenes, algún día esas recomendaciones serán sentido común y fortaleza académica.

René Millán es investigador en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

LA VIDA EN EL CAMPUS UNIVERSITARIO

FERNANDO SERRANO MIGALLÓN



Dice la conseja popular que todo tiempo pasado fue mejor, no estoy seguro de que esto sea cierto, pero de lo que sí estoy convencido es que antes, cuando éramos jóvenes, estábamos mucho más aptos para disfrutar y gozar lo que la vida nos ofrece.

Esto, que se presenta en todos los ámbitos de la vida, lo hace de manera más evidente cuando nuestra existencia atraviesa por momentos trascendentales que nos impactan vivamente.

Un ejemplo palpable es nuestro paso por la Universidad.

Cuando iniciamos nuestra licenciatura en el año de 1965, mi generación llegó a la Ciudad Universitaria en un momento de transición. Los edificios y sus alrededores aún



flamantes ya estaban dotados del valor espiritual que imprime en ellos la actividad humana y habían dejado de ser una estructura vacía, un museo vivo, en el que se esperan objetos para ser admirados; sin embargo, se vivía un ambiente anclado en el pasado reciente. Nuestros profesores, la casi totalidad de ellos, hacían referencias permanentes a su vida en las aulas estudiantiles que acababan de dejar. La nostalgia fue el sentimiento que inauguró nuestras aulas universitarias, el barrio estudiantil del centro histórico de la muy leal Ciudad de México se trasladó a la Ciudad Universitaria.

Las anécdotas de la vida en esas calles, las actividades que desarrollaban los estudiantes, los desfiles de las novatadas, las protestas estudiantiles, el cierre de las calles para adelantar los periodos de vacaciones, el acceso a los cines sin el pago correspondiente, los medios de transporte, prácticamente ningún alumno y pocos, poquísimos profesores, tenían coche y compartían el uso de los

camiones —terminología que sólo en México se otorga a los autobuses de pasajeros. La lejanía de las nuevas instalaciones hizo que los automóviles empezaran a transportar a los profesores y gradualmente a los alumnos también.

La gallardía y el ejemplo de nuestros profesores, nuestros viejos maestros, hicieron a lo largo del siglo xx que la Universidad fuera no sólo la conciencia crítica sino el corazón de la Nación. En sus narraciones, convertían los actos heroicos más cotidianos en una enseñanza diaria, desinteresada de la propia sabiduría.

La mudanza ocurrió en 1954 y con ella aumentó el flujo de estudiantes que se trasladaba a su recién estrenada Ciudad Universitaria, área espectacular y sorprendente que se pensó para aceptar como máximo a 25 mil alumnos; cifra que la realidad, el crecimiento y la evolución del país han rebasado largamente.

Quizá lo más importante y enriquecedor del cambio fue la convivencia cercana, ¡cercanísima!, entre alumnos de distintas escuelas, facultades y de las áreas encargadas de acercar las expresiones culturales a estas flamantes instalaciones. No podemos olvidar los ensayos de la Orquesta de la Universidad en el auditorio Justo Sierra, hoy absurda e injustamente secuestrado. La puesta en escena de obras de teatro en todos los auditorios del circuito, las sesiones de cine a lo largo y ancho de sus recintos; particularmente es memorable el cine-debate popular las tardes de los domingos.

La cercanía no sólo se hizo presente entre alumnos y profesores universitarios; mi generación nunca podrá olvidar las figuras señeras, culturales y políticas que conocimos. Los representantes del pensamiento, en todas sus aristas —nacional y mundial— nos iluminaron e impactaron como nunca pensamos que hubiera podido suceder: Pablo Neruda y Ernesto Cardenal; Arturo Illía, recientemente derrocado por los militares de Argentina; Luis Jiménez de Azúa, Presidente del Gobierno de la República española en el exilio; el inolvidable Juan José Arreola; Octavio Paz, ese chopo de agua; Rafael Alberti, y entre los políticos mexicanos quienes desde signos ideológicos opuestos nos maravillaron con su inteligencia y su brillantez: Vicente Lombardo Toledano y Adolfo Christlieb Ibarrola a los que podríamos agregar un infinito etcétera. Años prodigiosos de pensamiento nacional...

Así se cumplía con la máxima medieval de la Universidad: comunidad en la diversidad. Todo se leía, se sabía, se vivía en la Universidad.

Con el paso del tiempo las grandes expresiones de cultura, nacional e internacional, exigieron un hogar, la respuesta: el Centro Cultural Universitario. Sus actividades adquirieron mayor galanura, presencia y comodidad, sin embargo, perdieron al mismo tiempo la indiscutible espontaneidad que se había tenido hasta ese momento para el acceso a sus manifestaciones.

También esta casa, nuestra casa, fue el escenario en que vivimos hechos tristes y vergonzosos: la agitación provocada por la cerrazón del poder político para castigar y deshacerse de un magnífico rector, el Dr. Ignacio Chávez, quizá uno de los mejores que ha tenido nuestra alma máter, y del inolvidable maestro César Sepúlveda, ambos vejados por una cuadrilla de maleantes disfrazados de estudiantes.

La agresión a la Universidad empezó el 14 de marzo de 1966 y culminó tres meses después. Esos hechos bochornosos produjeron un cambio en la conciencia estudiantil, pues los estudiantes se dieron cuenta, nos dimos cuenta, del poder que detentábamos; y dos años más tarde esta enseñanza se revertiría contra quien la había impulsado: el 26 de julio de 1968 daría inicio el movimiento que ese año y desde la Universidad pondría en vilo a la sociedad mexicana.

En el ámbito puramente universitario, a la suspensión de actividades académicas y culturales hubo que añadir la violación a la autonomía universitaria, el desconcierto de profesores y alumnos, la invasión de la Ciudad Universitaria y la ofensa a todos los universitarios, a los de antes y a los de ese momento, que sentían que con los ataques a la Universidad se atacaba a la cultura en México.

Al terminar el conflicto, la Universidad ya no era la misma, México tampoco, la sinrazón de los hechos ocurridos produjo una crisis en la personalidad y en la conciencia de todos los mexicanos. No sería hasta la década de los ochenta cuando se produciría una simbiosis profunda e indeleble entre el escenario propiciado por la Ciudad Universitaria y las personas que lo habitan. Entonces los estudiantes y los profesores adquieren conciencia de ser un eslabón anclado en el pasado pero abierto al futuro y le dan a lo que fue en el inicio una estructura vacía, la calidez de ser el sagrario de la cultura mexicana.

Las cosas inmateriales adquieren vida propia cuando el ser humano vuelca en ellas sus deseos, alegrías, anhelos y justificación.

Por eso los edificios de la Universidad son tan significativos para quienes los hemos vivido. La llegada a ellos significó un logro para la gran mayoría de nosotros, que si bien había sido largamente soñado, se presentaba como un punto de partida hacia nuestro desarrollo que produjo lo que sería un parteaguas en nuestra vida.

No somos iguales antes y después de haber vivido en ellos, no sólo aprendimos unos instrumentos para desarrollarnos profesionalmente en nuestras diversas actividades profesionales, sino que de manera fundamental nos formaron en el mayor y el mejor de los sentidos.

El concepto de pertenencia hace que quienes hemos pasado por el campus universitario tengamos una dependencia indisoluble con él.

Las costumbres han cambiado, la mayoría para bien, ya no hay novatadas, existe un ambiente más cordial, aunque quizá menos solidario, éste es desde luego mucho más terso y si bien la cercanía a las expresiones culturales se alejó de las escuelas y facultades, la amplitud, cantidad y calidad de la oferta cultural es ahora mucho mayor.

El espíritu que ha adquirido en estos largos sesenta años se va enriqueciendo cada vez con más alumnos en quienes los profesores van dejando esperanzas y vivencias y reciben de ellos, en cambio, una alegría de vivir que sólo produce la relación con la juventud.

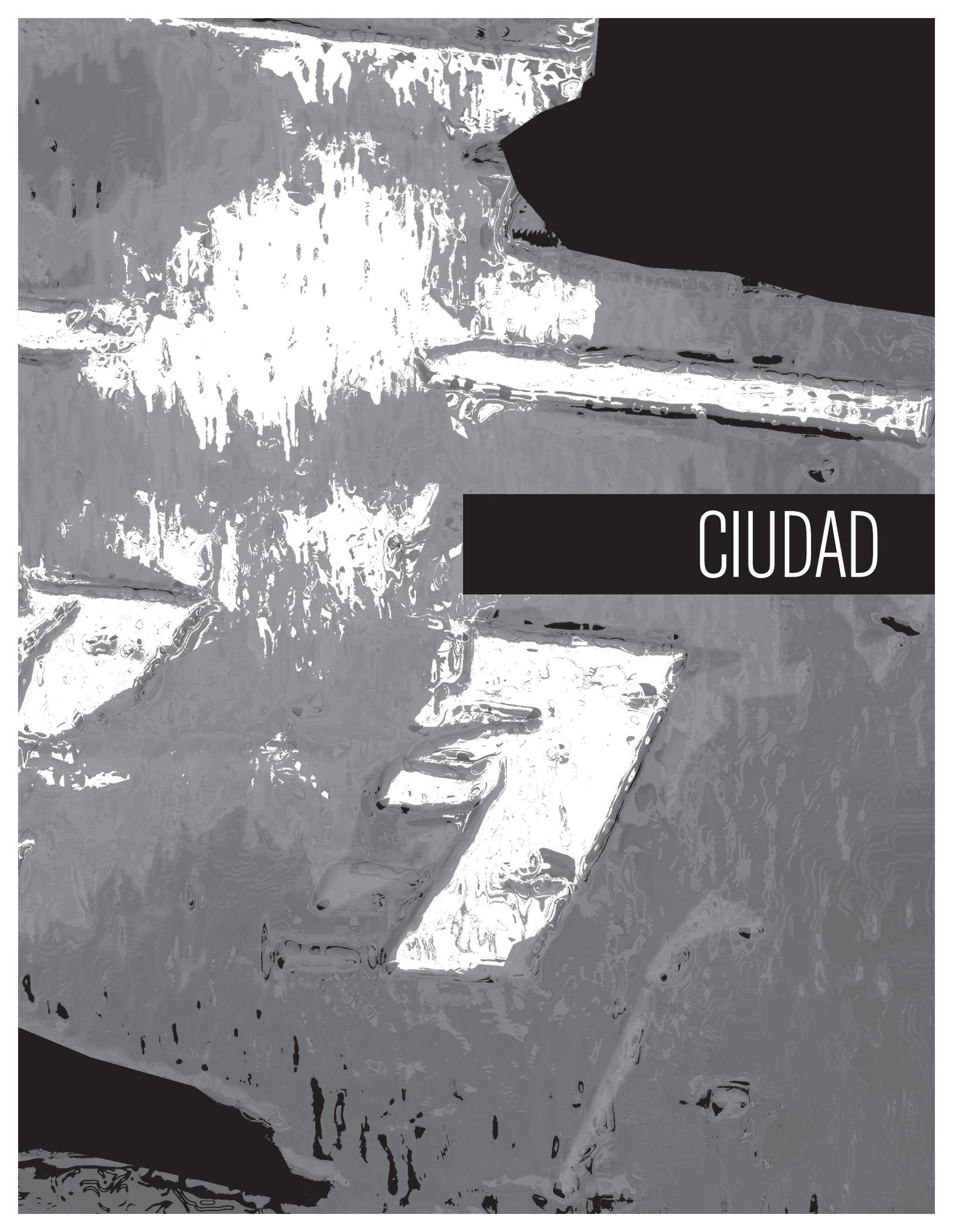
Los que, egresados de la Universidad, sólo asisten esporádicamente a su lugar de formación, sienten, siempre lo dicen, una alegría y una añoranza al contemplar una vez más, con los ojos que da la edad pero con el corazón de quien vivió aquí, la época en la que fueron felices y que sin duda fue la mejor de su vida.

Pero para quienes asistimos cotidianamente a sus aulas y a sus espacios la emoción se produce siempre y con igual intensidad.

Vivir entre sus muros es, desde luego, un hábito de vida que a pesar de los años nos mantiene si no jóvenes, sí llenos de esperanza y de confianza.

Fernando Serrano Migallón es profesor de Ciencia Política y Derecho Constitucional en la Facultad de Derecho de la UNAM.

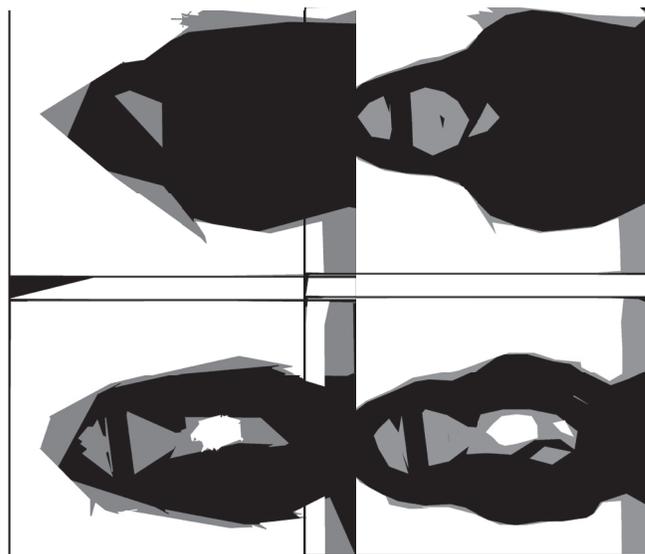


An aerial photograph of a city, showing a grid of streets and various buildings. A large black rectangular overlay is positioned in the upper right quadrant of the image. The word "CIUDAD" is written in white, uppercase, sans-serif font within this black area. The city below is mostly in grayscale, with some areas appearing in shades of blue and purple, possibly due to lighting or image processing.

CIUDAD

LA CIUDAD, ESPACIO DE CONVIVENCIA

MARCOS MAZARI



La ciudad proporciona el espacio común de convivencia que informa y conforma nuestra comunicación social. El experimentar la ciudad nos permite establecer relaciones entre nosotros, sus habitantes, quienes mediante su lectura nos vinculamos con nuestra historia, pues la imagen de las urbes es un reflejo socio-económico, político y cultural que produce y reproduce a sus ciudadanos.

El acelerado proceso de urbanización en México es un fenómeno permanente que se construye día a día y que modifica el uso del territorio y nuestra percepción del paisaje natural y urbano.

Sin embargo, la ciudad no sólo es la construcción del espacio tangible cuya lectura nos permite reconocernos; también nos enseña nuestra evolución y el mosaico que es la realidad. Esta imagen es proyectada por todas las ciudades, grandes, medianas o pequeñas, que conforman la estructura territorial de México, las cuales crecieron en torno a centros

históricos, con un valor patrimonial reconocido incluso por la UNESCO, como la Ciudad de México, Querétaro, Zacatecas, Morelia, Guanajuato, Campeche. Consisten en centros históricos, de fácil lectura, erigidos alrededor de plazas donde la Iglesia, el Estado y el comercio son representados y leídos a través de su catedral, del palacio de gobierno y de sus portales, así como por trazos urbanos caracterizados por templos y conventos que dan nombre a los barrios.

Asimismo, la ciudad también son sus habitantes, quienes se identifican en las fiestas patronales, comunidades que se conocen generación tras generación; en el mercado —espacio de integración y comunicación— y sus alrededores con comercio especializado que puede ubicarse incluso en calles enteras de un uso específico; en sus escuelas, sus plazas y jardines públicos; en sus centros vecinales de cultura y recreación, y, actualmente, en sus centros comerciales.

Así, lo más importante de las ciudades somos sus ciudadanos, quienes día con día construimos su valor intangible, un

valor de pertenencia que nos vincula con el espacio físico, que se construye o destruye con gran facilidad. Los centros históricos catalogados conservan su valor patrimonial, su significado y su valor social en torno a los servicios y al comercio, pero a su vez, al atender los procesos de urbanización y su valor inmobiliario, se desplaza a sus habitantes hacia la periferia de nuestras ciudades, sustituyendo a gran parte de la población con la proliferación de bodegas u oficinas y con plantas altas vacías, sin valor comercial, en espacios que anteriormente fueron viviendas. A partir de sus centros históricos, nuestras ciudades se caracterizan por el crecimiento a través de colonias y fraccionamientos, o por su construcción social, urbanización espontánea que atiende a las necesidades inmediatas de la población vulnerable. Ambos tipos de expansión ocupan grandes superficies de territorio en un crecimiento fragmentado y desarticulado que genera centros urbanos asociados al uso comercial, los cuales no reúnen las cualidades espaciales y formales para ser declarados patrimonio mundial o pueblo mágico. Sin embargo, para la comunidad que los vive, poseen significados que integran la relación entre lo tangible y lo intangible, que los ha cohesionado y articulado a través de generaciones que constituyen un patrimonio que da sentido a su ser social como ciudadanos con sentido de pertenencia.

Las ciudades se adecuan de manera topográfica a su clima, a su ubicación geográfica y a la relación espacio-tiempo en la que participamos todos los ciudadanos. En un México que se urbaniza rápidamente, determinado por la globalización y el sistema económico, la imagen de nuestras ciudades se transforma y tiende a la homogeneidad. Se relacionan estrechamente el “desarrollo”, la “calidad de vida” y los servicios que acompañan al ser “ciudad”, los cua-

les se caracterizan porque se despliegan a lo largo de avenidas y calles principales de rápida y fácil accesibilidad y, especialmente, de clara y contundente presencia en la imagen urbana.

Nuestras ciudades así van perdiendo su rostro en la construcción de infraestructura y servicios, los cuales generan fronteras físicas y sociales: calles cerradas por sus propios vecinos; muros y mallas que circundan colonias; parques y avenidas que fragmentan la ciudad con la inherente pérdida de la comunicación del valor intangible que se construye en la convivencia cotidiana de los ciudadanos, en la plática en la miscelánea de la esquina, en el puesto del mercado, o en la fonda del barrio; en el contacto personal en el espacio público, la plaza o el jardín; en la interacción de los niños que reconocen el juego mas no las fronteras sociales que hemos construido; en las costumbres y tradiciones que han conformado nuestra interlocución a través de nuestra convivencia en la ciudad, acotada por los ciclos, por las estaciones del año. Esta historia nuestra es visible a través de los materiales de las fachadas; del papel picado de las fiestas; de los signos y símbolos con que nos apropiamos de las ciudades; del color del cielo y de la sombra de los portales; del tiempo libre, del tiempo de convivencia, del tiempo de la construcción intangible colectiva que

nos da sentido de pertenencia; ciudades en que la seguridad se construye por la comunicación entre sus ciudadanos, la accesibilidad a través de la ayuda mutua y la identidad a través de la pertenencia a grupos sociales que se respetan y conviven en el espacio público haciendo ciudad —lo que hoy hemos declarado como derecho a la ciudad, a la vivienda, al agua, al suelo, al aire, a la calidad de vida en la búsqueda de un bienestar colectivo.

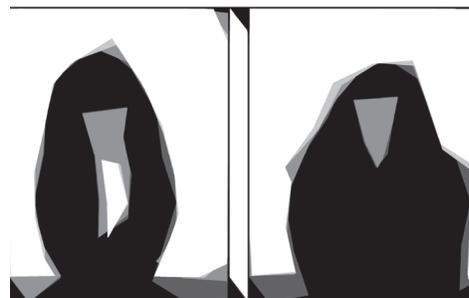
Así, al salir hoy de tu casa, te invito a observar la ciudad, a leerla y a reflexionar sobre el valor intangible que se descubre a través de lo tangible: la casa azul de la esquina, o la imagen del santo en un nicho que indica la entrada al barrio; la miscelánea “Mi Lupita” que vende los elotes para pozole en la víspera de fiestas patrias; el cementerio casi abandonado que se llena de vida y fiesta el día de muertos; los árboles del parque que cubrirán con hojas secas el pavimento este otoño o las jacarandas en flor en la primavera. Date hoy la oportunidad de convivir con tu vecino y de pasear por la plaza, de construir juntos el intangible que nos permita conservar el equilibrio entre lo tangible y lo intangible haciendo ciudad.

Marcos Mazari es director de la Facultad de Arquitectura de la UNAM.



CIUDAD DE MÉXICO: AMPLIFICACIÓN DE LAS DESIGUALDADES Y NUEVA ARQUITECTURA ESPACIAL

ALICIA ZICCARDI



La Ciudad de México, la capital de la república, es el núcleo central de una gran metrópoli en la que habitan 21 millones de personas.¹ Es considerada una de las megalópolis del mundo y el espacio de articulación de la economía nacional e internacional. Es el centro de la vida política nacional, la sede de los poderes de la Unión, el principal escenario de la vida social y cultural y un espacio fundacional que concentra un excepcional patrimonio histórico, arquitectónico y cultural.²

1 La gran región urbana metropolitana de la Ciudad de México la integran 59 municipios metropolitanos del Estado de México donde habitan 11.2 millones de personas y las 16 demarcaciones en las que se divide la Ciudad de México donde viven 8.8 millones de habitantes. También se considera que forman parte de la misma 21 municipios del estado de Hidalgo donde viven más de un millón de personas.

2 Este patrimonio comprende cuatro sitios declarados patrimonio de la Humanidad, entre los cuales está el Centro Histórico de la Ciudad de México y Xochimilco, el Campus Central de la Ciudad

La capital es también una ciudad del conocimiento o del saber del país, en tanto en su territorio se localiza la Universidad Nacional Autónoma de México y un amplio número de universidades e instituciones educativas que forman recursos humanos del más alto nivel y donde se realiza la mayor parte de la actividad de investigación, desarrollo e innovación.

Pero también la Ciudad de México es una ciudad de derechos —civiles, económicos, sociales, ambientales y culturales— reconocidos en la legislación local y que constituyen la columna vertebral de la Constitución que deberá ser aprobada en febrero de 2017, de acuerdo con las modificaciones introducidas al artículo constitucional 122.³

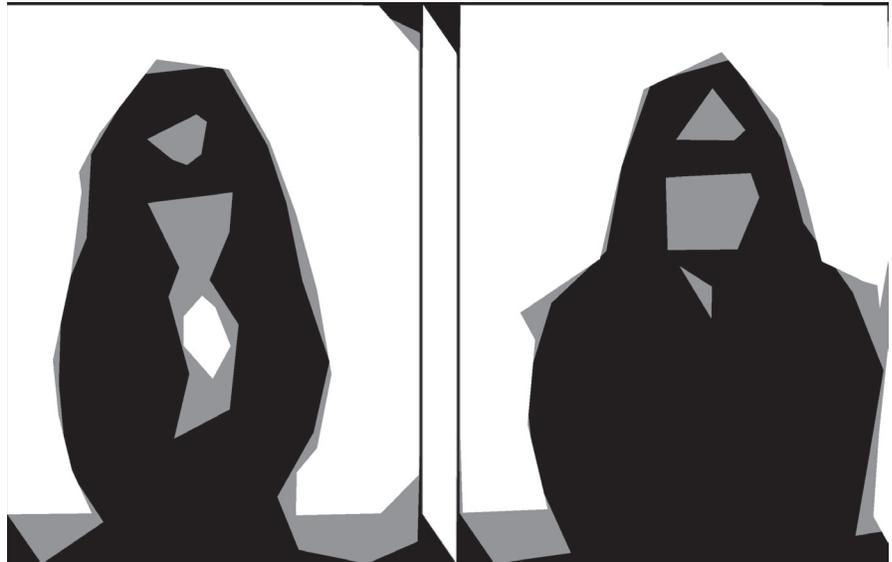
Universitaria de la UNAM y la casa-taller del arquitecto Luis Barragán, cuatro zonas arqueológicas, templos coloniales, barrios antiguos, zonas de canales y chinampas, así como una elevada dotación de equipamientos artísticos y educativos, tales como 147 museos, 136 teatros, 489 librerías, 408 bibliotecas, 551 salas de cine, más de 400 bibliotecas públicas y más de 200 centros y casas de cultura.

3 El 29 de enero de 2016 se publicó en el Diario Oficial de la Federación el decreto por el que se aprueba una nueva reforma política de la Ciudad

En relación con su fisonomía, puede decirse que la ciudad se ha transformado como consecuencia de un intenso proceso de urbanización que se registra, desde mediados del siglo pasado, signado por la presencia de los sectores populares más grandes que habitan precariamente en vecindades céntricas o que mayoritariamente, con sus propios recursos y trabajo, han autoproducido un amplio número de viviendas precarias en colonias populares localizadas en demarcaciones tales como: Venustiano Carranza, Cuauhtémoc, Iztapalapa, Coyoacán, Tlalpan, Tláhuac, Xochimilco. Son familias trabajadoras que no logran insertarse plenamente en actividades productivas que les permitan obtener una remuneración adecuada y acceder a la seguridad social. En particular, las principales penurias habitacionales las enfrentan las familias jóvenes, constituidas por las mujeres y los hombres que ingresan anualmente al mercado de trabajo sin que existan para ellos opciones laborales dignas. Esto se debe a que no logran dar continuidad a sus estudios y alcanzar mejor calificación para el trabajo y deben aceptar actividades de baja productividad, con bajas e inestables remuneraciones. Por ello, las principales opciones ocupacionales para estos trabajadores están en la industria de la construcción para los hombres, el servicio doméstico para las mujeres o el comercio popular para ambos, en particular el establecido en los viejos mercados de la ciudad (los mercados de La Merced,⁴ Jamaica, San Juan, Tepito), en las calles del Centro Histórico o donde

de México, a partir de la cual el Distrito Federal cambia de nombre a Ciudad de México y se convierte en la entidad 32.

4 Véase, PUEC-UNAM (2015), *Los Mercados de La Merced. Un diagnóstico integral para su revitalización económica y desarrollo social*. México: PUEC-UNAM, Coordinación de Humanidades de la UNAM, Secretaría de Desarrollo Económico de la Ciudad de México.

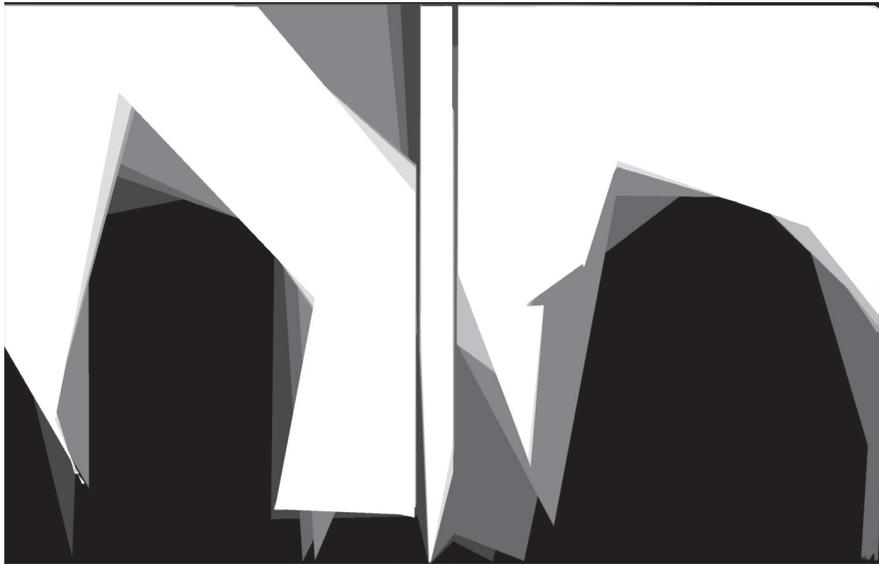


se advierta una gran circulación de potenciales compradores como es el caso de las bocas del metro o los paraderos de autobuses. Sin duda estas masivas actividades del comercio de calle confrontan cotidianamente el derecho al trabajo con el derecho a la ciudad, ya que la invasión del espacio público provoca la queja de los comerciantes establecidos, impide que éste pueda ser disfrutado por la ciudadanía y genera situaciones de conflictividad que debe resolver el gobierno local.

Un rasgo actual de la ciudad es la pérdida de importancia de las actividades industriales y la expansión de los servicios de la producción y servicios personales (bancarios, seguros, comercio, administración pública, educación, cultura, turismo). Se trata de actividades formales e informales en las que se insertan las capas medias y donde se registran marcadas diferencias salariales. Estas familias trabajadoras viven en ba-

rrios y colonias que ofrecen diferentes condiciones de vida acordes con sus niveles de ingreso y habitan viviendas unifamiliares o departamentos en masivos condominios del sector público construidos desde la segunda mitad del siglo o en años recientes cuando se reestructuraron los organismos públicos de vivienda y se produjo una amplia oferta y disponibilidad de créditos (por ejemplo: Villa Olímpica, Coapa, los Culhuacanes en el sur de la ciudad o el Rosario en el norte).

Pero lo que interesa enfatizar es que desde hace más de dos décadas la Ciudad de México ha transformado intensamente no sólo su fisonomía sino la propia naturaleza de las relaciones entre economía, sociedad y espacio. Uno de los principales efectos de estos procesos es la amplificación de las desigualdades, lo que lleva a caracterizarla como una ciudad social-



mente segmentada y territorialmente fragmentada. Se trata sin duda de una ciudad central de una extensa región urbana metropolitana, configurada por un complejo mosaico urbano que ofrece condiciones de trabajo y habitabilidad muy heterogéneas y condiciones de vida polarizadas que amplifican las desigualdades socioeconómicas.

Así, en la gran ciudad se desarrollan los segmentos de actividades más modernas vinculadas a la economía global. Es en su territorio donde se llevan a cabo las actividades propias del terciario moderno —servicios avanzados, financieros, informática—, nodos de modernidad económica que participan en las redes globales. Se trata de las actividades en las que trabajan las élites gerenciales del país que poseen los más altos niveles de calificación y los mayores sueldos del mercado de trabajo internacional. Es-

tas actividades se localizan principalmente en la zona de Santa Fe, enclave territorial de las sedes matrices de los bancos, los consorcios internacionales, las grandes empresas nacionales, universidades y centros de investigación públicos y privados, edificios de oficina y condominios de vivienda.

Estos auténticos símbolos de la modernidad del siglo XXI, ubicados en un espacio periférico de la ciudad, fueron diseñados por arquitectos de prestigio internacional y expresan la existencia de una nueva arquitectura espacial cuya integración a la estructura urbana de la ciudad central ha requerido la realización de costosas obras viales. Por todo, esta zona responde a un modelo de ciudad dispersa que debilita la vida social y la identidad comunitaria y estimula el uso del automóvil individual.

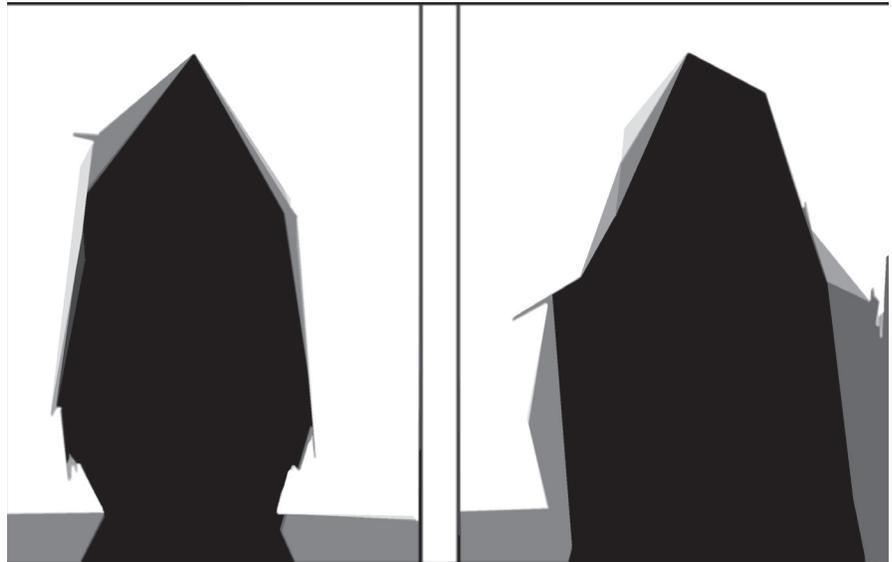
También con la finalidad de alojar estas actividades del terciario moderno se

impulsó un proceso de renovación urbana en el histórico y emblemático Paseo de la Reforma que transformó su imagen urbana con la construcción de edificios de gran altura como la Bolsa de Valores, la Torre Mayor, Bicentenario y la Torre BBVA Bancomer. Asimismo el gobierno federal como el del entonces Gobierno del Distrito Federal encargaron y colocaron esculturas conmemorativas para festejar el Bicentenario de la Independencia Nacional. De igual forma, en la avenida Presidente Masaryk, en la colonia Polanco, se intensificaron los cambios de uso del suelo de habitacional a comercial, creándose un eje mercantil de las marcas internacionales que constituyen el consumo de lujo de la clase alta. Además, tanto Santa Fe como el llamado Nuevo Polanco —antes colonia Granadas— ofrece un nuevo mercado habitacional en venta o renta para las élites que buscan satisfacer materialmente valores tales como la exclusividad, la privacidad y la seguridad en un entorno ambiental y urbano adecuado a sus expectativas de vida. Así, esta nueva arquitectura espacial de la ciudad reproduce material y simbólicamente una imagen urbana de la modernidad del siglo XXI semejante a las que existen en las más importantes metrópolis del mundo.

Por otra parte, se observa un proceso de renovación urbana de colonias tradicionales de la ciudad que poseen un importante valor arquitectónico y cultural, y una inmejorable localización central, como es el caso de la Roma Norte y Sur y la Condesa, en las cuales se registran cambios de usos del suelo de habitacionales a comerciales, en muchos casos sin respetar la normatividad. De igual forma, para atender las demandas de las nuevas capas medias con cierto poder adquisitivo se produjo la redensificación de ciertas zonas de la ciudad a través de la construcción de condominios en

altura.⁵ Principalmente en la delegación Benito Juárez (colonias Del Valle, Mixcoac, Narvarte, Álamos, Portales) territorio dotado de espacios públicos de calidad (el Parque Hundido, el de los Venados) y de buenos medios de transporte público (metro, metrobús). No obstante, debe decirse que en estas colonias las infraestructuras urbanas (agua, drenaje, vialidades) y los servicios públicos (basura, seguridad, mercados) se saturaron con estas nuevas construcciones sin que estos efectos sean previstos por las políticas de desarrollo urbano de la ciudad.⁶

La contrapartida es que para los sectores de menores ingresos se generó una oferta de vivienda popular, pública y privada que produjo una fuerte expansión urbana en la periferia lejana de la Ciudad de México. En particular interesa destacar los efectos negativos generados por la política habitacional impulsada por el gobierno nacional desde el año 2001, la cual privilegia criterios financieros por encima de buscar calidad de vida. De esta forma se produjo una mayor segrega-



ción residencial de los sectores sociales de ingresos medios y bajos en masivos fraccionamientos habitacionales financiados por los organismos de vivienda (Infonavit, Fovissste) en los municipios del Estado de México (Zumpango, Tecámac, Huehuetoca) cuya lejana localización respecto de los centros de trabajo, la falta de transporte adecuado y barato, la mala calidad de las viviendas y las carencias de las infraestructuras y equipamientos urbanos han llevado a que un elevado número de estas construcciones se encuentren deshabitadas.⁷ Sin duda este modelo de acción pública de producción de vivienda, logrado con los recursos de los trabajadores depositados en

los fondos para este propósito, permitió cumplir metas cuantitativas de producción sin ampliar la ciudad.

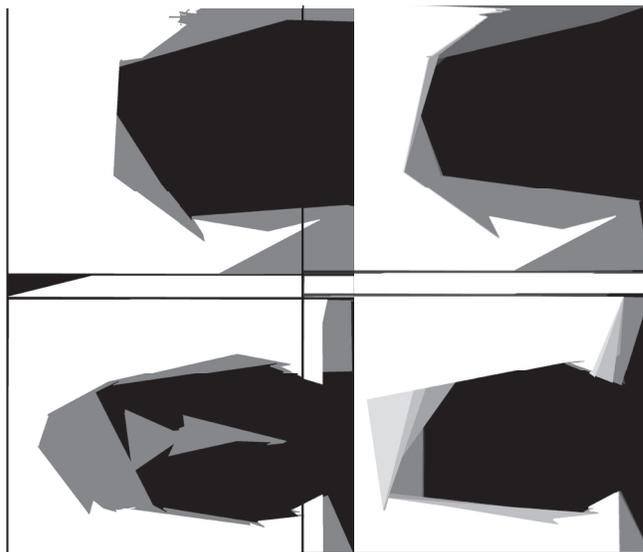
Ante esta situación, puede concluirse que las nuevas dinámicas económicas generadas en la Ciudad de México, por el proceso de transformación de la economía local y su articulación a la economía global, se ha correspondido con la creación de una nueva arquitectura espacial. Ésta amplifica las desigualdades estructurales, expresa la persistencia de una ciudadanía segmentada y genera condiciones de habitabilidad contrastantes. En síntesis, éstos son fuertes obstáculos que impiden a grandes mayorías ejercer plenamente el derecho a la ciudad.

Alicia Ziccardi es investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y directora del Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad.

5 En particular esto fue incentivado por la aplicación del llamado Bando 2, aprobado por el Gobierno del Distrito Federal a principios de la década del 2000, el cual estimuló la producción de vivienda en las cuatro delegaciones centrales Cuauhtémoc, Venustiano Carranza, Benito Juárez y Miguel Hidalgo. cfr., entre otros, Sergio Flores y Eftychia Bornazou (2010), "El bando 2: balance de una política de reestructuración urbana en el Distrito Federal". En, Alicia Ziccardi (coord.), *Ciudades del 2010: entre la sociedad del conocimiento y la desigualdad social*. México: PUEC-UNAM.

6 También se produjo un proceso de mejoramiento de viviendas de colonias populares y de condominios del sector público que presentaban deterioro por falta de inversión, los cuales fueron renovados a través de un programa del gobierno de la Ciudad de México con la participación de la ciudadanía.

7 Según datos del Censo de Población y Vivienda 2010, se estima que en los municipios metropolitanos de Zumpango, Huehuetoca y Tecámac en el Estado de México existen 91, 985 viviendas deshabitadas. Véase Alicia Ziccardi (2015), *Cómo viven los mexicanos. Análisis regional de las condiciones de habitabilidad de la vivienda*. México: IJ-UNAM.



...si has observado, en tus paseos por esta ciudad, que entre los edificios que la pueblan, unos mudos son; otros hablan, y otros en fin, los más raros, cantan.

Eupalinos o el arquitecto
Paul Valéry

La Ciudad de México es un amasijo de contrastes, realidades contradictorias y choques culturales. Como quizá todas las megalópolis, es muchas ciudades, muchas épocas y muchos estados de ánimo simultáneamente. El hasta hace poco Distrito Federal es un monstruo de muchas cabezas.

Imposible de aprehender en su totalidad, se experimenta siempre parcialmente y se conoce fragmentariamente. Aquí he vivido desde que nací y, aunque me precio de conocerla y de disfrutarla en más de un sentido, a la fecha su espíritu me resulta un enigma y sé que para descifrarlo, así sea en parte, hay que tener paciencia. Porque la Ciudad de Méxi-

co es un gran rompecabezas y sólo a fuerza de respirar con ella, animal vivo al fin, y al paso de los años, uno logra dar forma a su mapa colocando por lo menos algunas piezas del contorno.

Harían falta muchas vidas para reunir completos los trozos que la componen, pero lo primero que vale la pena intentar si uno quiere delinear una fisonomía de esta urbe es imponerse un ritmo personal para vivirla.

Eso sólo unos cuantos privilegiados podemos hacerlo. Pues de los más de 20 millones que coexistimos en esta inabarcable área metropolitana, la inmensa mayoría no puede siquiera plantearse la experiencia de sentir la ciudad. Simplemente la padece. Y punto. Sufre en carne propia el horror de la falta de transporte (no importa cuántas líneas de metro se construyan, cuántas rutas de metrobús se inauguren, nunca serán suficientes). Todos los días, antes de despuntar el sol el monstruo despierta en la forma de una avalancha que intenta moverse; son ríos humanos que buscan un cauce. Y la enorme red de vías de comunicación urbana no basta para contenerlos. La imagen de esos cientos y cientos de miles de

seres en movimiento es desasosegante. La sola idea del desplazamiento de 4.7 millones de automóviles que se lanzan a las calles cada jornada me parece aterradora, porque tras ellos se avizora el colapso, se avista la parálisis total, la muerte del monstruo de muchas cabezas, engullidos por sus fauces todos los que lo habitamos.

Hay infinidad de renglones en los que la ciudad hace diferencias abismales entre los distintos sectores de la población, comenzando por el transporte, porque no es lo mismo viajar como sardina enlatada en los a todas luces insuficientes vagones del metro, o arriesgar la vida con los irresponsables conductores de autobús —que imponen su ley sobre la ley de la más elemental civilidad; que desahogan, en el pequeño y engañoso poder que les otorga el transporte que conducen, una ira social acumulada—, no es lo mismo, digo, que circular en un vehículo propio, con música y aire acondicionado. Pero a la hora de moverse, ahí todos podemos quedar igualmente varados. La inmovilidad con la que nos amenaza su crecimiento desordenado es la misma para ricos y pobres, para los usuarios de transporte público y para los beneficiados que poseen un coche de su propiedad. Cualquiera que visite y recorra mínimamente el ex Distrito Federal se percatará de que, como tantas de nuestras grandes ciudades, particularmente de América Latina, carga con el estigma de haber crecido sin orden ni concierto.

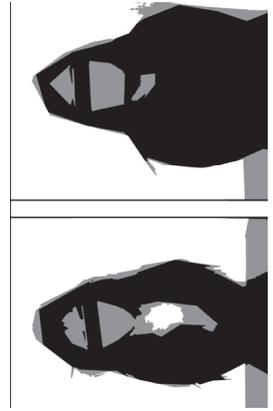
Otra de las razones por las que la Ciudad de México puede sufrirse terriblemente es el ruido. Y no hablo nada más del ensordecedor ruido ambiente compuesto de cláxones, escapes tronadores y contaminantes o radios a todo volumen que invaden muchas de nuestras calles, hablo de un ruido visual que nos quita la paz; de un estruendo cromático que estalla arbitrariamente por todos lados y que irrumpe entre los habitantes de esta desordenada urbe

como una agresión, porque esa falta total de gusto y de aprecio por la uniformidad, que no deja de haber quien interpreta como pintoresquismo, no es otra cosa que una imposición vociferante.

Parece mentira que la que fue metrópoli de la Nueva España, la ciudad de los palacios, la región más transparente, que dejó perplejos a los conquistadores y misioneros españoles, que embelesó al barón de Humboldt y a la marquesa Calderón de la Barca, entre tantos viajeros que sucumbieron a su belleza; la que se mantuvo hermosa hasta bien entrado el siglo xx, se haya descompuesto en estos relativamente pocos años, haya hecho erupción como un volcán herido y estallado hasta trastornarse de mala manera. Sin duda las afrentosas desigualdades y la miseria lacerante que nos rodean están tras esta transformación malhadada. Pero ésa es otra historia.

Y además no es la única. También la madre naturaleza se ha ensañado con esta ciudad. El temblor de 1985, nada más y nada menos, dejó heridas tan profundas que pasados treinta años no terminan de cicatrizar. Sacudió la tierra, derrumbó casas, edificios, hospitales, oficinas y escuelas. Sin distingos de clase pero ensañándose como siempre con los que menos tienen, con los que habitaban zonas peligrosas, edificaciones sin mantenimiento, segó miles de vidas y destruyó muchos hogares. Golpeó dramáticamente a familias enteras. Pero también sacudió a la ciudadanía. Tanto que podemos situar allí el surgimiento de una sociedad civil capaz de organizarse ante la desgracia y de manifestarse solidaria, con una capacidad de respuesta ante la crisis que muchas veces no tiene el propio Gobierno. La Ciudad de México quedó fracturada en el 85, pero también resultó fortalecida.

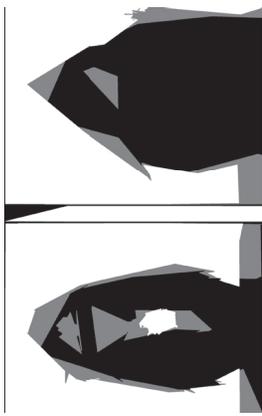
Y como el peso de la tradición es importante, de tan alto linaje algo queda. O sea que a medida que sus habitantes nos damos cuenta de la necesidad de recuperar la calle para combatir la inseguridad; a medida que reconoce-



mos el clamor colectivo para mejorar la convivencia, encontramos vestigios de su vieja grandeza en los signos de generosidad que todavía nos regala.

De forma curiosa, para sobrevivir a la trepidancia del compás tan ensordecedor como despiadado del que hablamos, se puede imponer un transcurrir pausado, cubrirse de una coraza para volverse a ratos, hasta donde es posible, impermeable a la parálisis del tráfico, la angustia de los atascos, la prisa que carcome y el abigarramiento visual. Y por paradójico que parezca, ¡la ciudad lo permite! No obstante la permanente amenaza de destrucción y el temor latente de ser engullido, puede encontrarse a veces un resquicio para evadir la premura. Nuestra urbe es inclemente pero no ha perdido del todo su nobleza originaria, su cortesía ancestral. En su lastimada dignidad de dama de alcurnia, decadente pero vital, estragada pero distinguida, admite una transgresión improbable y un poco a su pesar da licencia a unos cuantos para experimentar el sueño de vivir a otro ritmo. Del deseo de sustraerse al vértigo nacen el auge de las bicicletas y el gusto por volver a caminar nuestras calles (en las áreas, que no son muchas, donde es posible hacerlo).

Para explorar un ritmo nuevo conviene aplicar la sabiduría de las palabras



de Valéry en su estupendo *Eupalinos o el arquitecto*. Entonces descubrimos que la falta de armonía, concierto y cadencia para regular su desarrollo y proyectar con sensatez el manejo de los espacios públicos y el compás de la vida urbana, hace que en la Ciudad de México tengamos pocos “edificios mudos”. De esos que no son protagonistas, que no irrumpen en el paisaje, que no desentonan. Quedan algunos, afortunadamente, en las zonas que han sobrevivido al embate de la destrucción que nos acecha. Son edificaciones calladas que en la Colonia Juárez, la Colonia Roma, la Condesa o la vieja Tacubaya, en Santa María la Ribera o San Pedro de los Pinos, en San Ángel, Tlalpan o Coyoacán, pero siempre en sectores comparativamente pequeños que milagrosamente han resistido los terremotos tanto telúricos como gubernamentales que nos han cimbrado, simple y llanamente “hacen ciudad”. Esos edificios mudos ponen sordina al estruendo del caos.

Hay también “edificios que hablan”. Son construcciones que sin llamar desmedidamente la atención destacan en el conjunto de la trama urbana por su discreta belleza. Ejemplos como las viejas vecindades —de las que persisten como muestras deliciosas las casas del Buen Tono y las de Bucareli, en

el Centro histórico— o tantas pequeñas plazas, jardines, rincones recoletos que tejen el espacio colectivo; calles peatonales y paseos como el de la recientemente recuperada Alameda. Esos conjuntos bajan el volumen al griterío de una ciudad descabalada, para usar la afortunada expresión de Luis Martín Santos.

Finalmente, los que Valéry llama “edificios que cantan” son los solistas del coro. Los hitos, los emblemas, los personajes principales: desde la Catedral Metropolitana hasta la Ciudad Universitaria, desde el Castillo de Chapultepec al Monumento a la Revolución y la Torre Latinoamericana. Se trata de edificaciones que lideran el deseable concierto urbano, casi secreto, que no sin dificultades se escucha cuando uno logra despejar los otros ruidos y acomodar el caótico entorno, cuando uno aprende a recuperar el silencio.

Si el espacio es a la arquitectura lo que el sonido a la música, la trama urbana es una orquesta que interpreta una obra ciudadina. ¿Seremos capaces de descubrirla y de deleitarnos con ella? He ahí la pregunta.

En el caso de la Ciudad de México, que hace lo imposible por distraernos, se trata de un concierto casi clandestino, rodeado de misterio y pautado en clave de avenidas generosas como el Paseo de la Reforma, y de calles arboladas, como la sureña Minerva, abovedada por las copas de las jacarandas; tiene un trasfondo de áreas verdes heroicas por cuanto se preservan a pesar de la contaminación, como los Viveros de Coyoacán, el Jardín botánico y la Reserva ecológica de la Universidad, y los parques y jardines que cada día es más imperioso defender del asfalto. Su partitura está escrita sobre un pentagrama de barrios en los que se impone practicar una vida decimonónica para preservarlos del ajetreo de nuestra era, y de pequeños pueblos atenazados por el engañoso progreso; enclaves de otra época que hay que salvar de la voracidad mercantilista de las grandes constructoras.

El concierto de la Ciudad de México es una sinfonía coral interpretada por

muchas voces y por todos los instrumentos. Se desarrolla en cuatro estaciones, a modo de movimientos.

La primavera es acaso la mejor época de la ciudad. Cabe decir que en estas tierras las estaciones se adelantan y aunque están poco marcadas y no conocen las extremosas temperaturas de otras latitudes, es indudable que se notan más que en las regiones ecuatoriales e inciden claramente en el ánimo de la gente. Si alguien quiere visitar la Ciudad de México y verla en su esplendor, que lo haga entre febrero y abril, cuando estallan las jacarandas y las bugambilias, cuando se alfombran de lila las calles y pueden elegirse rutas para pasear entre flores. Es la época de una alegría colectiva que campea por el efecto mágico del cambio de estación y que sólo se enturbia por el excesivo calor que a veces la acompaña.

El verano es una temporada atractiva por sus contrastes y determinada por la fuerza de las lluvias —que lo mismo inundan la ciudad y la paralizan, obligando a sus habitantes a navegar, literalmente—, que limpian la atmósfera al punto de dejarnos ver los volcanes y emocionarnos ante la grandeza de un valle siempre inesperado pues vive oculto bajo un manto de contaminación. En cuanto al humor colectivo el verano es veleidoso. En días claros y despejados suele reinar un contento debido a la limpieza del aire; mientras llueve, por el contrario, y no digamos en plena tormenta, sobre todo en aquellas mañanas grises cuando amanece lloviendo y sabemos que el día será mojado de principio a fin, el ánimo se ensombrece. Se genera una suerte de hostilidad agresiva, el tráfico se congestiona más que de costumbre y todo se tiñe de colores oscuros. Pero sabemos que después de la tempestad vendrá la calma.

En lo que se refiere a la temperatura el verano es perfecto, pues el

calor matutino es grato y en las tardes, con la lluvia, suele refrescar.

En tanto que la primavera y el verano son estaciones potentes, con personalidad definida, nuestro otoño es esencialmente desabrido. No cambian de color ni se caen las hojas de los árboles. Tal vez lo más apreciable del mes de octubre, aparte de la luna que según la canción es la más hermosa, sea la transformación gradual de la textura e intensidad de la luz, que empieza a variar poco a poco y cobra al caer la tarde un cierto sabor invernal anticipado, que en noviembre sobre todo puede traer las temperaturas más bajas del año. Pero nada más. El otoño tiende a ser sucio, no tiene carácter. La ciudad se queda sin lluvia y empieza a molestar. Las alergias respiratorias se alebrestan —más que en primavera, incluso— y el aire que respiramos se torna denso, presagiando las inversiones térmicas características de los contaminados inviernos, que cierran el ciclo de nuestras estaciones con algunas jornadas de frío casi siempre llevadero, mucha bruma, y un tráfico desquiciado en parte por las fiestas decembrinas, en parte por el sinsabor del fin del año. La nostalgia acostumbrada, la inevitable añoranza de las Navidades y un ambiente ajetreado marcan los meses del primer invierno en esta capital. Cuando en enero despunta el nuevo año despunta poco a poco una primavera adelantada, empieza a sentirse el calorcito y la cercanía de las consabidas flores muta sin prisa el inevitable hastío del final en la persistente esperanza de lo nuevo. Entonces la gente empieza a florecer. Se cumple un ciclo. Se termina el concierto pero sabemos que recomenzará con la llegada de las jacarandas.

Posdata

A esta suerte de retrato de la Ciudad de México le faltan, así sean apresuradas, las menciones de sus habitantes, su co-

mida y su enorme oferta cultural y de entretenimiento, que se cuentan entre sus máximos atractivos.

Aunque la vida cotidiana en el viejo Distrito Federal, como ya se ha dicho, supone una dosis fuerte de tensión, quienes lo habitan se mantienen en términos generales hospitalarios y corteses, y son sin duda uno de los polos magnéticos de la capital.

En cuanto a la gastronomía, hay que decir que es una de las razones por las que vale la pena venir a la Ciudad de México. La variedad es grandiosa y abarca escalas, costos y posibilidades diversísimas. En torno a la mesa, pública y privada, en los mercados y en la casa, en los restaurantes de todas las categorías, se mantiene viva una tradición centenaria de la mejor calidad. El aprecio por esa tradición es de las cosas que hermana sin distinción a los habitantes de esta cosmopolita metrópoli y ejerce un contrapeso para las penalidades del día a día. En los mercados se atestigua el efecto vital y milagroso de la comida. Quien venga a esta ciudad y guste de conocerlos puede visitar el mercado de San Juan, el de Polanco, el de Coyoacán, el de Portales y el de San Ángel, entre otros muchos. En ellos el vértigo impetuoso de la urbe se detiene y es posible encontrar marchantes que han sostenido un puesto o un local, y desde luego una clientela, por más de cincuenta años, o que han heredado el orgullo de su quehacer a dos o tres generaciones de sus descendientes. Los mercados ofrecen más que deliciosos productos, ofrecen una estética y un orden en el caos del contexto general, llenan de color un espacio público esencial para la convivencia.

Otra arista fundamental para favorecer la vida de la comunidad y ayudar a tejer redes ciudadanas es la cantidad de actividades que el otrora Distrito Federal pone a la mano de todas las edades, todos los gustos y todos los bolsillos. Son un verdadero alud. Entre museos, exposiciones, conciertos,



obras de teatro y representaciones de diversa índole la lista es larga los 365 días del año. No están necesariamente bien seleccionadas, otra vez se echan de menos, en su organización y promoción, el orden y el concierto. Pero están ahí y muchas valen la pena. Forman parte del círculo virtuoso de la viciada Ciudad de México.

Tras recorrer en esta carta testimonio varias de las estancias del intrincado laberinto urbano; tras escuchar el escondido concierto de la ciudad, es claro que esta capital está llena de claroscuros, y que quienes la vivimos, y supongo que quienes la visitan, nos enfrentamos a más de una ambivalencia. Transitamos entre el amor y el odio porque, dicho con permiso del gran Charles Dickens: ésta es la más fascinante de las ciudades, es la más aterradora de las ciudades; vive tiempos de paz, vive tiempos convulsos; atraviesa por un momento de esperanza, atraviesa por un momento de incredulidad; experimenta una primavera de luz, experimenta un invierno de oscuridad; vibra con enorme vitalidad, desfallece cual enfermo terminal.

Malena Mijares es editora. Actualmente ocupa la Coordinación de Divulgación y Publicaciones de la Coordinación de Humanidades de la UNAM.

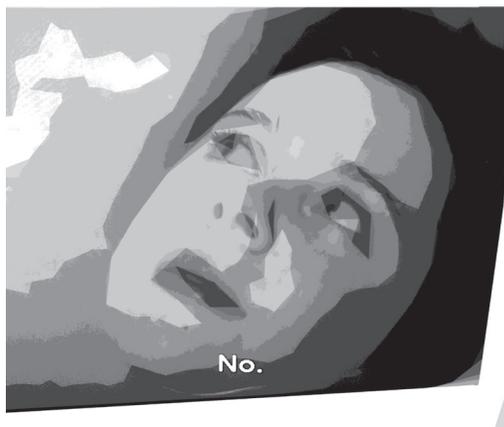




NACIÓN

¿MÉXICO LINDO Y QUERIDO?

LILLIAN BRISEÑO SENOSIAIN



Pertenezco a la generación que todavía cree que “como México no hay dos”. Supongo que porque fui educada aún bajo el discurso del nacionalismo, repetido hasta la saciedad en los libros de texto y las fiestas cívicas y las odas a personajes “clave” de la historia que, literalmente, habían dado la vida por la patria. ¡Y, caray, si habían dado

la vida por uno, pues lo menos que habría que hacer era agradecerse los siendo bien patrioterá!

No sé si es por eso —lo que le conferiría una estrella a la política educativa posrevolucionaria que no estoy dispuesta a otorgar—, o hay algo más allá del discurso oficial que realmente me hace sentir arraigada hasta la médula a mi país.

Como quiera que sea, sigo pensando en “México lindo y querido” como el lugar en el que quiero vivir y morir llegado el momento, aunque no sé muy bien por qué.

Reconozco que hay una cierta esquizofrenia en todo esto dado que también soy la más crítica de todo lo que sucede hoy en este país, al que por momentos siento sumido en la anarquía más

absoluta y en una ingobernabilidad que se hace manifiesta por todos lados y que por lo mismo me hace desconfiar de su futuro. Lo peor es que tampoco es que esté descubriendo el hilo negro con esto o haciendo revelaciones insospechadas para alguien. Basta con ver las noticias, caminar por las calles o constatar día a día los niveles de corrupción que reinan en México, para certificar que, en efecto, las cosas no van bien. Aunque a decir verdad, no recuerdo muchos momentos en la historia en los que los mexicanos podamos presumir de que, ahora sí, estábamos en buenas condiciones de gobernabilidad, economía y sociabilidad. Y esto me hace entonces caer en el sospechosismo —tan afín a nuestra cultura— de que nos encanta ver lo malo en todos los órdenes y muy poco las cosas buenas que nos rodean.

No es fácil hacer esto en una nación en la que, millones más millones menos, la mitad de la población vive en condiciones de pobreza —muchos de ellos en pobreza extrema. Y sin embargo, como diría Galileo *e pur si muove*. Y sin embargo se mueve, y este movimiento se expresa en una vitalidad y un dinamismo increíble que se ve por todos lados. Y también —siguiendo con esta esquizofrenia— se manifiesta en altísimos niveles de felicidad por parte de la población, que según los últimos datos del índice mundial de la ONU, nos ubica en el lugar 21 de 157. Esto es, estamos entre el 13% de los países más felices del mundo, en uno donde más de la mitad de la población es pobre. Hmm...

Pero las cosas se complican aún más cuando pensamos en que las noticias que vemos y exportamos todos los días, desde hace al menos 10 años, señalan que México se encuentra sumido en una guerra contra el narcotráfico, en la que muy pocas medallas se ha podido colgar. Aun así, en el 2015 este país recibió más de 30 millones de turistas que viajaron de diferentes puntos del mundo para visitarlo, y ocupó la 10ª posición en el turismo mundial. Pobreza, corrupción, narcotráfico y violencia es lo que vemos los mexicanos, pero hay algo definitivamente que no estamos viendo nosotros y que los otros sí, que los convoca a visitarnos y dejar una derrama importante en el país. Doble hmmm...

Lo mismo sucede con las noticias sobre las inversiones en plantas, parques tecnológicos, maquiladoras y fábricas que empresas transnacionales realizan en México, a pesar de todos los pesares que inundan nuestras vidas, y que año tras año rompen y se renuevan. Triple hmmm... (y con este le paro).



Todo esto hace que me confunda más en torno a este México lindo y querido al que quiero que me traigan diciendo que estoy dormida, “si muerdo lejos de ti”.

Y entonces trato de hacer a un lado las condiciones de la ciudad que vivo —y sufro— todos los días, para recordar cómo disfruto tantas cosas tangibles —lugares, playas, sitios arqueológicos, edificios históricos y el México moderno y vanguardista— e intangibles —la familia, los amigos, la cultura, la comida, la música— y me digo: sí, creo entender por qué vienen tantas personas a conocer este país, y por qué yo misma quiero seguir viviendo aquí.

Y es que todos los días le digo a quien quiere oírme —y aunque no me escuche lo digo— que México es mucho más que su historia política, sus problemas y su gobierno. Y cuando lo hago, una especie de respiro salvador sale de mi cuerpo, pues soy capaz, entonces, de mirar más allá de los problemas cotidianos y valorar lo mucho que este país es, por encima de ellos. (A veces la realidad se vuelve a imponer sobre mí, y este respiro me dura muy poco, poquitito....)

Esto me lleva a pensar en México con todo su caleidoscopio de experiencias, que ciertamente marean a cualquiera: la riqueza expresada en tantas imágenes cotidianas conviviendo con la pobreza más lastimosa que podemos pensar. El México globalizado de la mano del México indígena e intimista, histórico y sobreviviente de múltiples batallas que sólo lo han fortalecido y engrandecido en muchos sentidos al cabo de los siglos.

Y entre estos dos polos que son contrastantes y sin duda lastimosos, una clase media deseosa de globalizarse y deseosa también de conservar su cultura milenaria expresada de una y mil formas cotidianas.

Y entonces me doy cuenta de que, como he dicho, soy una sobreviviente de la generación que aún se siente orgullosa de ver ondear la bandera y de cantar el himno nacional cuando la ocasión lo amerita, incluso con alguna lagrimita por ahí. Pero también soy consciente de que este sentimiento está cada vez más aislado en un país en el que la población empieza a perder esos referentes, sin saber bien a bien cuáles son los nuevos que rigen el destino de México de cara al futuro. Y esta situación me preocupa.

Lillian Briseño Senosiain es académica del Tecnológico de Monterrey, campus Santa Fe.

ESTÁ EN JUEGO EL FUTURO DE NUESTRA DEMOCRACIA

MÓNICA GONZÁLEZ CONTRÓ

¿

Quién no recuerda aquellos años cuando nos reuníamos con otros niños y niñas a jugar en la escuela, el parque o la calle? ¿Recuerdas cuánto tiempo se tomaba el discutir a qué íbamos a jugar, cuáles eran las reglas, qué valía y que no? Pues es precisamente esta actividad, identificada como juego libre, la que constituye el

fundamento de cualquier sociedad democrática, por lo que garantizar el cumplimiento del derecho al juego constituye, en mi opinión, la condición de posibilidad de toda democracia.

Ciertamente los derechos de las personas durante la minoría de edad presentan importantes desafíos para el discurso y práctica de los derechos humanos. Pese a un aparente consenso so-



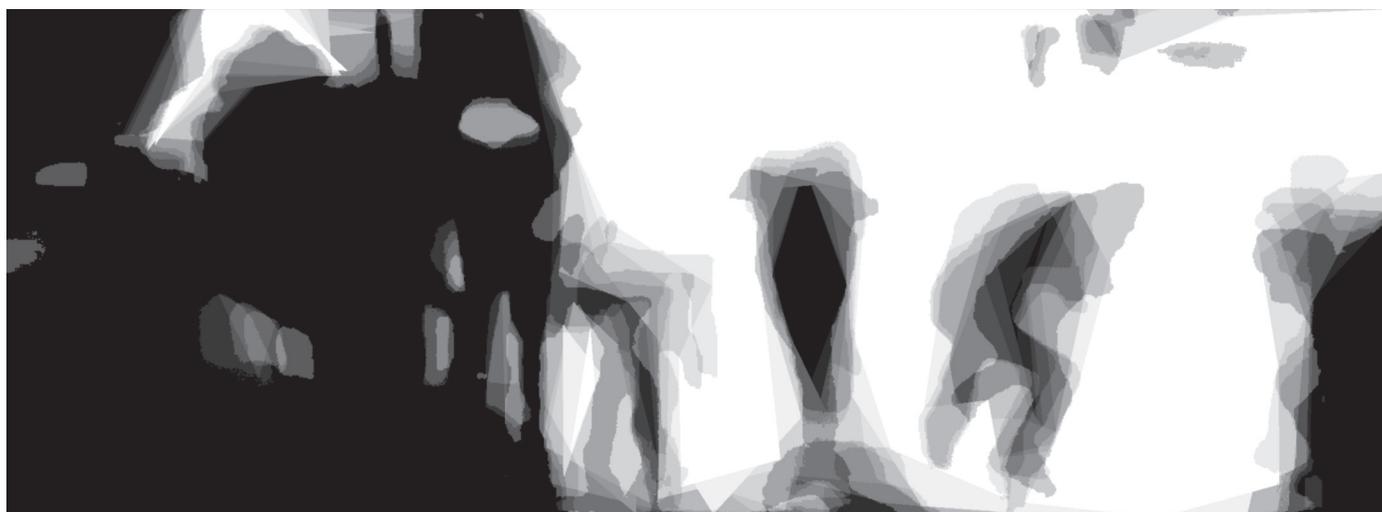
bre la aceptación de niñas y niños como titulares de derechos, hay importantes cuestiones aún no resueltas. En primer lugar, es complejo sostener la pretendida y reconocida universalidad de los derechos cuando se pretende atribuirlos a ellos, esto porque muchos de los derechos no pueden ser ejercidos por los integrantes de este grupo. Pensemos en los llamados derechos civiles y políticos, en concreto en ciertas libertades; ¿podríamos sostener que niñas y niños tienen derecho a la libertad de información, a la de religión o a la de tránsito? Y ¿qué decir de los derechos políticos? ¿Tienen derecho a la participación política? No por lo menos en la misma forma en que se interpretan estos derechos tratándose de personas adultas. Sin embargo, tanto la Constitución mexicana como los tratados internacionales siguen sosteniendo la universalidad de los derechos humanos. Esto es el resultado del modelo del titular de derechos humanos que surge con la noción misma de estos derechos a finales del siglo XVIII, a saber, el individuo autónomo, que en ese momento se identificaba como el varón, adulto y propietario. Este modelo, profundamente vinculado al estado liberal, ha permanecido en el diseño de los catálogos de derechos.

¿Es entonces irreconciliable la idea de los derechos humanos universales con los derechos de niñas y niños? No si estamos dispuestos a cambiar ciertas ideas preconcebidas. Aquí hablaremos de las libertades políticas para las personas menores de edad. En particular, de un derecho fundamental al que se concede poca importancia: el derecho al juego.



La idea misma de “juego” nos remite a algo de poca trascendencia, algo que no es serio. La definición del Diccionario del español de México reconoce este sentido de la palabra al señalar como primera de las acepciones de la misma: “actividad humana y de algunos animales que se realiza generalmente como diversión o pasatiempo y en la que se ejercita alguna capacidad o destreza”; el mismo diccionario ofrece el siguiente ejemplo de este uso: *juego infantil, juego de adivinanzas*.

Sin embargo, el juego constituye una de las principales actividades durante la infancia y, por ende, se trata de un derecho que debe ser garantizado. Además, el juego constituye un ejercicio de libertad política y un espacio indispensable para el desarrollo moral, elemento sustancial de cualquier democra-



cia. Me refiero, en concreto, al llamado “juego de reglas”, que se presenta en la etapa escolar, es decir de los 6 a los 12 años aproximadamente.

El juego de reglas se distingue por reunir a varios niños y niñas con el único propósito de jugar deliberadamente. La deliberación comienza con la decisión sobre el tipo de juego que ha de jugarse, para posteriormente pasar a fijar las reglas concretas que han de aplicarse en esa ocasión. Esto supone qué se vale y no, cuál es el territorio definido, las condiciones para ganar o perder, etc. Al llegar a los acuerdos pertinentes se procede a jugar y, generalmente, las reglas son acatadas por todos los que las decidieron y se produce una condena general a quien se aparta de las mismas.

Resulta interesante el hecho de que, según los especialistas, el juego consiste predominantemente en la deliberación, no tanto en la realización de la actividad concreta. En la generación

de los consensos se da el diálogo: el escuchar al otro, el ceder posturas, todo privilegiando el objetivo primordial que es llegar al acuerdo y jugar. Esto es resultado de un proceso humano muy importante: comprender y asimilar que las reglas son producto del consenso, a diferencia de las niñas y niños más pequeños que perciben las normas como heterónomas y dadas por una autoridad.

El juego es, ni más ni menos, lo que debería ser la práctica deliberativa en cualquier democracia, en especial en los órganos colegiados de creación de normas, pese a que frecuentemente parece diluirse en la medida en que el poder se convierte en un “juego” de ciertas élites que no asumen la necesidad de representar a los ciudadanos en sus deliberaciones.

Para el ejercicio del derecho al juego se necesitan dos ingredientes. En primer lugar, el garantizar el acceso a espacios públicos seguros en donde niñas y niños puedan jugar libremente,

sin interferencia adulta. En segundo lugar, un ambiente libre de discriminación, pues el principio de igualdad es indispensable para el juego libre y la deliberación democrática.

El derecho al juego se convierte entonces en la piedra angular de las libertades políticas, tanto porque constituye un derecho de niñas y niños en el presente, como porque supone un ejercicio necesario para alcanzar la autonomía moral y política.

Es en los patios escolares, en las calles, en los parques a donde niños y adultos debemos ir para recuperar la esencia misma de la deliberación democrática, para apropiarnos nuevamente de lo que nos ha sido arrebatado: el poder de decidir sobre cómo organizarnos, cómo queremos relacionarnos; en fin, qué tipo de sociedad queremos ser.

Mónica González Contró es Abogada General de la UNAM.



INFORMACIÓN Y DEBATES, FORTALEZA DE LA CIUDADANÍA

MARÍA MARVÁN LABORDE



La democracia es mucho más que un conjunto de reglas para elegir gobernantes y por lo tanto, la vida democrática de un ciudadano o ciudadana tampoco se limita al reconocimiento del derecho a votar. Una concepción más amplia de democracia supone la existencia de ciudadanos titulares de derechos políticos que pertenecen a una comunidad política, estos participan voluntaria y activamente en una serie de acciones que buscan incidir en la vida de su comunidad.

El periodismo libre fue condición para la existencia de los sistemas democráticos desde finales del siglo XVIII. De entonces a la fecha el desarrollo de los medios de comunicación en ambientes de libertad permite la formación de

ciudadanía. La democracia liberal del Estado moderno exige la libertad de información y de expresión como ingredientes esenciales del debate público.

La aparición de los diarios está íntimamente relacionada con el reconocimiento del derecho de los ciudadanos a conocer sobre los asuntos del Estado. La posibilidad de la participación de los ciudadanos en la vida pública exige que todos dispongan de información sobre los asuntos del gobierno; sólo a partir de la libertad de información será posible debatir en público cuestiones esenciales del gobierno y del Estado.

En el París pre y post revolucionario los cafés fueron tan importantes como los diarios. Los parroquianos discutían ahí cuál debería ser el papel del Estado, se ponía bajo la lupa la actuación de los gobernantes, el gasto público; eran el corazón vibrante de la democracia más allá del Parlamento.

Si bien es cierto que tenemos una visión romántica de estas discusiones parisinas, también es necesario reconocer que sólo a partir de la participación en estas tertulias espontáneas fue generándose una opinión pública crítica que dio consistencia a una sociedad democrática, crítica y exigente. Mucho antes de que se aprobara el sufragio femenino las mujeres participaban en estas reuniones.

El diálogo en estos espacios no organizados por el gobierno sino creados por la sociedad y propicios para que la sociedad discuta sobre los asuntos de gobierno es lo que llamamos hoy día “esfera pública”. Habermas, el gran

autor de la esfera pública, considera que ahí donde concurren naturalmente personas informadas, donde se discute y se propicia la deliberación, ahí nace la opinión pública. Mientras más lugares de diálogo y encuentro existan, mientras más amplia sea la gama ideológica, mientras más disposición cultivemos para escuchar a los otros, mayores probabilidades tenemos de que surjan organizaciones cívicas capaces de influir en la política.

La confrontación de las ideas sobre los asuntos de gobierno tienen como precondition la aceptación del pluralismo y a su vez el pluralismo fortalece la esfera pública, esta mutua retroalimentación favorece un círculo virtuoso para consolidar la democracia como forma de vida. Para poder debatir es necesario partir de la idea de que no todos pensamos igual.

A pesar de lo mucho que hemos avanzado en México en la democracia procedimental, es decir, en las reglas que permiten la existencia de partidos competitivos y de la posibilidad efectiva de que la ciudadanía decida con su voto quiénes serán los gobernantes y representantes de la voluntad popular, todavía nos cuesta mucho trabajo debatir; aún nos es difícil aceptar posturas críticas a nuestras convicciones o preferencias.

La historia de México es la historia de hegemonías ideológicas y políticas. La prolongada hegemonía católica nos dificulta mucho reconocer otras manifestaciones religiosas y otras formas de pensar. No es una exageración decir que tenemos una “natural” desconfianza hacia los otros, los que piensan diferente. Nos sigue costando trabajo el pluralismo. Nos sentimos más cómodos en la unanimidad.



Setenta años de hegemonía priísta nos inculcaron la creencia de que sólo podía existir un proyecto de nación. Asumimos por décadas que la fortaleza del gobierno dependía de la debilidad de la oposición. Se toleraban otros partidos mientras fuesen inofensivos, por años se persiguió a los que proponían rutas alternativas, en muchas ocasiones se eliminó a los considerados enemigos. Parecíamos convencidos que la tranquilidad política era hija de la ausencia de pluralismo.

Nuestras herencias hegemónicas nos hacen ver con temor el debate. Todavía hay algunas personas que consideran que la confrontación de las ideas puede llevarnos a enfrentamientos fratricidas; otros consideran que pensar diferente nos pone en riesgo porque el poder hegemónico siempre tiene formas de imponerse; unos más confunden el debate con la burla, sólo ridiculizando al otro podemos lidiar con la diferencia. Aquel que no piensa como yo, está errado.

A lo largo de casi cuatro décadas los mexicanos hemos empeñado una gran parte de nuestros esfuerzos en la transformación del sistema político, especialmente del sistema electoral y de partidos. Hemos logrado quebrar la hegemonía priísta, hoy reconocemos la existencia de muchos partidos políticos. Hay elecciones razonablemente libres y justas, de tal manera que unos partidos ganan y otros pierden. El adversario político dejó de ser concebido como el enemigo y por tanto ya no hay que destruirlo. Hemos logrado la convivencia pacífica de distintas opciones políticas.

Si bien estos avances son innegables también hay que reconocer que nuestra capacidad de debatir sigue siendo sumamente débil. Nuestra disposición a deliberar y confrontar ideas es nimia. No estamos entrenados para argumentar y defender nuestros puntos de vista de manera respetuosa. Es poco probable que escuchemos planteamientos disímboles.

Uno de los grandes defectos del modelo de comunicación política que diseñaron los partidos después de 2007 está relacionado con la práctica imposibilidad de debatir. Pusieron tantas reglas para evitar campañas negras, para que nadie hiciera actos adelantados de campaña, para que los mensajes tuvieran una duración obligatoria de 30 segundos, y muchos más etcéteras, que acabaron reduciendo el debate político a propaganda hueca e insulsa.

A pesar de que la ley electoral obliga a la autoridad a la organización de al menos dos debates entre los candidatos a la presidencia, los propios candidatos ponen tantas reglas —porque temen tropezar, porque desconfían de sus competidores— que acaban por aprobar formatos rígidos que generan un desconcierto cacofónico de soliloquios.

Los partidos políticos tienen pavor a la confrontación de las ideas. Pueden pelear por votos en las urnas pero no se atreven a sostener sus ideas y desarrollar argumentos para defender sus propios proyectos. Sus propuestas de campaña rara vez soportan la prueba del análisis crítico. Quizás es por esto que, campaña tras campaña, salen a comprar votos con dinero, despensas, o cualquier otra baratija. Para partidos y candidatos es más sencillo alimentar clientelas que fortalecer a la ciudadanía. Información y debate, ingredientes indispensables para una ciudadanía plena, siguen siendo una tarea pendiente.

María Marván Laborde es investigadora del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM.

